



XI CONCURSO NACIONAL
DE NOVELA Y CUENTO

Cultura



En la punta del lápiz

Carolina López Jiménez
Ganadora novela

Carolina López Jiménez creció en Armenia (Quindío) y realizó estudios universitarios en la ciudad de Bogotá, donde vive desde 1997. Sus primeras aproximaciones a la escritura fueron a través de cartas, diarios íntimos y aforismos. Ingresó a la Maestría de Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia en 2010 donde escribió *En la punta del lápiz*, su primera novela. Desde 2005 ejerce la docencia universitaria y apoya procesos de investigación-creación en los campos de fotografía, producción escénica y visual y literatura. Hace parte de El Deseo Colectivo, grupo transdisciplinar que ha ayudado en la implementación de procesos artísticos en la Biblioteca María Mulata Lectora (San Onofre, Sucre) buscando facilitar trabajos de reconstrucción de memoria a través de las artes. En sus nuevos escritos Carolina continúa apostando por la experimentación con diversos soportes, lenguajes y sustratos para la creación literaria. Sus reflexiones en torno a las prácticas lectoras y escriturales contemporáneas se encuentran en su blog *Letra&palabra**.

*www.letraypalabra.wordpress.com

En la punta
del lápiz

En la punta del lápiz

Carolina López Jiménez

Ganadora categoría novela

XI Concurso Nacional de Novela y Cuento

Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

© Carolina López Jiménez
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN: 978-958-99131-8-5

López Jiménez, Carolina
En la punta del lápiz / Carolina López Jiménez
1 ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2013.
116 p.; 21 cm

Primer puesto categoría Novela
XI Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

Primera edición: noviembre de 2013

Coordinación editorial: Dirección de Comunicaciones
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
Diseño y Diagramación: Taller de Edición S.A.
Impresión y terminación: Multimpresos Ltda.
Fotografía contraportada: Eduardo Hurtado

1. NOVELA COLOMBIANA. Título.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito,
sin la autorización escrita de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

A mis padres.

*Escribo como si fuese a salvar la vida de alguien.
Probablemente mi propia vida.*

Clarice Lispector.

MATILDE DÍAZ NO SE TOMA NI UN TRAGO DE LICOR Y SIN EMBARGO vive borracha. Dice que se trata de un mareo de esos que se sienten cuando se ha tomado mucho y el piso no es ya tan firme (tampoco los pasos ni la vida).

El mundo da vueltas mientras ella permanece quieta. ¿Quién quiere caminar cuando se está siempre al borde de la caída?



Como tantas otras cosas que se arruman entre papeles, libros y trasteos, el sueño de mi niñez se embolató con el tiempo. Cuando era niña la realidad me resultaba tan ajena que con mayor razón tendrían que serlo mis sueños: era como si desde lo más profundo deseara atrapar algo que sentía al lado pero que no podía asir, algo que no podía ver con claridad.

Lo que más se me parecía a la felicidad era sentarme en el suelo entre lápices y crayolas, encima de un papel que cobraba vida según las formas y los colores que yo misma le pusiera.

Casi siempre dibujaba un horizonte lleno de montañas. Al frente, una casa de madera con un árbol a cada lado y un pájaro en alguna rama. La casa estaba cercada. Tenía un gran portón cerrado con un



candado. En un primer plano, una niña parecía esperar a alguien. Por el hombro se asomaban los pétalos de un ramo de flores que escondía en su espalda. Alrededor de ella había un jardín muy colorido.

En aquella época el anhelo no tenía forma clara, aun cuando al rayar pareciera estar a punto de tenerlo entre mis manos. Creo que es eso lo que trato de encontrar mientras escribo, pero el rastro lo perdí en alguna parte. No sé bien cuándo dejé de buscar.

Con los años creció en mí la sensación de estar viviendo en un lugar que no era el mío, de protagonizar una vida ajena. No, ni siquiera protagonizar, porque solo somos protagonistas de nuestra propia historia y como la que yo vivía era prestada, el mío no se trataba de un papel principal. Venía siendo un personaje extra, eso era lo que yo era, o por lo menos lo que visto desde hoy sentía que era. Una atmósfera de pérdida se fue instalando en mí, en mi cuarto y en todo cuanto hacía parte de mi universo personal.



No quiere más saber de gente que le cuelga la mirada en su cuerpo, en las manos, en los ojos, en su piel. Matilde no quiere tener que pasar junto a extraños que la voltean a mirar y se codean mientras dicen cosas en voz baja fingiendo discreción.

No más que le griten que no es como los otros, que no es como ella solía ser. Y, ¿cómo era? Ni siquiera lo recuerda bien.



Cuando mis padres se separaron, mi mamá fue conmigo y con mi hermana a ver el apartamento que íbamos a comprar. Quedaba en

el mismo conjunto residencial en el que vivíamos desde hacía tres años. Nunca antes había estado en un apartamento sin clósets, sin pintura y desocupado: me pareció genial. Me entró la ilusión de vivir en un lugar así cuando fuera grande, un lugar en el que se pudiera sentir el espacio para habitarlo de verdad en vez de tener que compartirlo con todas las cosas y muebles con las que normalmente se ocupa una casa.

Meses después no solo estábamos estrenando apartamento, parecía que también hubiéramos cambiado de vida: lámparas, camas, cortinas, sala, comedor, todo nuevo. Allí se respiraba otro aire y no era solo por el chiflón que entraba por las ventanas, siempre abiertas y mirando a una cañada llena de guaduales. Aquel aire llenaba ahora nuestra casa, con eso bastaba; explicar su origen parecía innecesario.

Es muy probable que nos hubiéramos mudado en el mes de agosto porque en las noches la cañada rugía de tal forma que a mi hermana se le erizaba la piel, a mí se me espantaba el sueño y terminábamos llamando a mamá para preguntarle si podíamos pasarnos a su cama. Entraba a nuestro cuarto para decirnos que no y después hacía un gran esfuerzo por calmarnos. Nosotras nos dábamos cuenta del temor que también a ella le producía aquel sonido de la naturaleza. Ya no estaba papá para protegernos: las tres tuvimos que volvernos fuertes.

Pasado el mes del viento todo se fue acomodando en la casa. Mis padres se hablaban cada vez más y ahora su trato era cordial, hasta terminó siendo amigable.



Soplar. Soplar para desenrollar el pito. Soplar hasta que suene. Matilde trata. No lo logra, el viento se le escapa por el borde de la boca.



Intenta de nuevo porque el médico le dijo que tenía que hacerlo por lo menos cinco veces cada día. Trata y trata sin resultados. A veces el pito se desenrolla sin producir sonido alguno, entonces no vale y tiene que seguir hasta que el pito, estirado, suene. Una vez. Muchos intentos antes, ganas de mandar lejos el jueguito. Se siente mareada. Dos veces. Matilde continúa obediente. No entiende por qué no suena. Le parece que sus pulmones no le alcanzan. Tres veces. Como si se fuera a reventar, sí, eso siente. A reventar al ver lo poco que sirve lo que hace. A reventar de rabia y de impotencia por no obtener lo que quiere, por sentirse tan débil que ni el aire puede manejar con facilidad. Cuatro. A reventar de risa también. La rabia se le va mezclando con la risa y no puede soplar riéndose. A reventar de risa. Sollozando y riendo. Lo intenta y mientras más sopla, más cansada se siente y más difícil le parece terminar. Ya ni siquiera se desenrolla el pito. Sopla. El esfuerzo se ha vuelto sobrehumano. Sopla y finalmente, cinco. Retira de inmediato el pito de la boca agradecida porque el suplicio haya acabado. Pero aquí viene el médico, falta el ejercicio de las bombas: inflar la azul primero y después la blanca, seguir soplando, en todo caso. Todos los días, cinco veces cada bomba.



–Mami –le dije antes de morder la hamburguesa que acababa de servirnos.

Era un día entre semana. Como todas las noches, mamá nos preparaba la comida luego de llegar del trabajo. Se sentaba con nosotras a la mesa y conversábamos sobre lo que nos había pasado en el colegio. Pero esa vez estábamos en vacaciones.

—Sí, mi tesoro.

Mi hermana, concentrada como estaba echándoles más salsa de tomate a los panes, ni nos habrá escuchado. Mordí y mastiqué rápidamente para poder continuar.

—Tan rico que estamos viviendo sin mi papá, ¿cierto? —le dije aún sin haber terminado de tragar la comida que tanto me gustaba y que desde que papá no vivía con nosotras se había vuelto la más frecuente junto con los sándwiches, perros calientes y arepas con queso o carne asada.

Yo adoraba a mi padre con devoción, pero no por eso estaba ciega ante algo que era evidente hasta para una niña de ocho años. Desde que se separaron se acabó el espectáculo en el que cada noche papá y mamá explotaban. Jamás un golpe, pero cuántas palabras hirientes. La separación no fue una tragedia, sino más bien el final de la tragedia. Por fin dejábamos de tragarnos cada noche aquellos bocados que iban a terminar enloqueciéndonos a todos en la casa. La firma de esta tregua evitó que creyéramos en medio de un campo de batalla.

Era indiscutible. No solo el apartamento se había vuelto más apacible, también ellos se volvieron personas más tranquilas y descomplicadas. El cambio de alimentación así lo demostraba, como también el hecho de que pudiéramos acostarnos tarde, hacer bulla y llevar a nuestros amigos a la casa hasta bien entrada la noche. Lo mejor: los encuentros los fines de semana entre papá y mamá estaban llenos de calidez. No más gritos. No más tensión. Éramos, por fin, la familia perfecta.





Voltear la cabeza. Bajar o subir la mirada. Apoyar un brazo para pararse de la cama. Peinarse. Levantar la mano para saludar. Relajar los músculos, esquivar un hueco. Coger la cuchara en la mesa, recoger la comida, trincar la carne y cortarla. Masticar. Ir al baño, bajarse los pantalones y orinar. Abotonarse y desabotonarse la camisa. Limpiarse con papel higiénico.

Cuando caminan a su lado, las hijas de Matilde no hacen más que recordarle: “Mamá, cabeza al frente, también la vista, ojos mirando al horizonte y no al suelo. Relaje las manos, estire los brazos. Un paso, luego el otro, eso, así, muy bien, pero levante la mirada. La espalda recta. Cuidado al bajar la acera. Fíjese bien si vienen carros, pero sin descuidar la marcha, siempre atenta hacia dónde va...”. Y en cada cuadra deben repetir la lección. Para cada actividad, por cotidiana que parezca, hay que darle una instrucción específica y meticulosa.



–Me podré quedar solterona, pero sin hijos no.

Eso fue lo que le dijo Matilde a su mamá mientras la veía picar los plátanos. Como si esas palabras hubieran enturbiado algo en la preparación, doña Inés paró de picar, alzó la cabeza y con una voz enérgica, le respondió:

–¿Usté’s que se está embobando, Matilde? No, hija, no diga esas cosas, más bien tenga fe y pídale al Señor que le mande un hombre bueno –y sus ojos volvieron a la tabla de madera.

Los plátanos, ya blandos porque habían sido cocinados previamente entre los fríjoles, terminaron despedazados con cada golpe de cuchillo que hacía retumbar la tabla.

–Mamá, lo que quiero decirle es que cuando cumpla los treinta,

si no me he casado, voy a ser madre soltera –hubo un silencio que duró segundos–. Y no es que me falte mucho.

Doña Inés abrió los ojos y, con el tono que ponía veinte años atrás cuando regañaba a alguna de sus hijas, le contestó que ¡Por Dios!, que ¡Qué mujer más ociosa con las palabras! Dio un suspiro que acompañó el despedazamiento del plátano y que terminó en un ¡Cómo le va a decir eso a su papá, lo mata de pena moral, no, hija, ni se le ocurra!

Matilde dio un paso hacia atrás y le recordó que ella ya era una mujer hecha y derecha, que hasta ahora, gracias a Dios, había podido ayudarles con las obligaciones de la casa y con la educación de las hermanas menores y que si eso no le había quedado grande, ¿por qué le iba a quedar grande hacerse cargo de un hijo? Entonces, se acercó por detrás a la oreja de doña Inés y con la autoridad que había asumido desde que logró la independencia económica, le susurró que era una decisión tomada y que se lo contaba para que no la cogiera por sorpresa, no para pedirle permiso.

–¡Ay, esta muchacha! –dijo doña Inés, apartando a Matilde hacia atrás con el codo. Soltó el cuchillo y se dio la bendición antes de darle a su hija el único consejo que tenía al alcance–. No, hija, aguarde, aguarde y verá que mi Dios le manda el modo para que pueda tener los hijos dentro del matrimonio.

Antes de terminar de hablar, doña Inés puso la tabla encima de la olla que hervía en la estufa y empujó el plátano con el cuchillo. Luego colocó la tabla en el mesón y revolvió los fríjoles con una fuerza que recordaba la vitalidad de su juventud, la misma vitalidad con la que parió diez hijas mientras levantó los siete hijos que había dejado la difunta primera esposa de su marido.

–Voy a subir a saludar a mi papá –dijo Matilde para poner fin a la conversación.



Cuando se acercó a besar la frente de su mamá le llegó un olor a ahumado.

–¡El arroz! –gritó Matilde al mirar la estufa de atrás.

Cogió el trapo viejo que hacía las veces de cogeollas, quitó la olla de la estufa y con la misma agilidad bajó el fuego de la hornilla, tomó una papa de la canasta que había sobre el mesón, la lavó, la peló y la echó entre el arroz. Agregó un poco de agua, tapó la olla y la puso otra vez en la hornilla.

Doña Inés apenas si alcanzó a reaccionar. Miró a Matilde, le dio las gracias, le puso la mano en el brazo y le dijo que se subiera pues adonde Moisés, que saliera ya mismo de ahí, que donde él se diera cuenta de que una hija suya estaba en la cocina se lo iba a reprochar toda la vida.



Entre semana nos la pasábamos con mamá. Los fines de semana estaban reservados para mi padre que llegaba el sábado después del medio día a nuestra casa y, como lo hizo siempre desde que éramos bebés, nos silbaba antes de entrar al edificio: “Tirurí tirurí tirurííítu”. No era sino escuchar aquel sonido para que mi hermana y yo saliéramos gritando como locas, “Mi papá, mi papá”. A veces era mamá la que lo escuchaba primero y nos avisaba, entonces nosotras afinábamos el oído porque siempre silbaba dos o tres veces y el sonido se escuchaba cada vez más cerca, hasta que corríamos disparadas a la puerta. Al subir el último escalón se encontraba con los brazos de sus hijas extendidos para abrazarlo. O más bien para colgarse de él, porque cada una le saltaba a un brazo diferente hasta que las dos quedábamos sostenidas por esas manos que no habían

parado de trabajar durante toda la semana. Quedábamos prendidas de sus ramas y entraba al apartamento como si fuera un árbol del que colgaban dos frutos.

Un árbol que caminaba, eso fue mi papá. Un árbol aventurero y conversador. Una ceiba sabia o un misterioso arrayán. En muy pocas ocasiones, hacia el final de sus años, tuvo días de sauce llorón y muchos otros de guayacán amarillo: su alegría era como las flores de ese árbol que cuando se las mira casi queman los ojos y sus pétalos van quedando regados por dondequiera que esté.

—¿Qué más? —Saludaba a mamá desde lejos, arqueándole las cejas respetuosamente—. ¿Cómo ha estado? —y se acercaba para entregarle un paquete con el pan que a todas en la casa nos fascinaba.

Entonces, nos bajábamos de aquel inmenso tronco y de ahí en adelante no nos le despegábamos. Iba hasta el cuarto de mi hermana y allí descargaba su maleta: así ocurría desde el día en que ella le preguntó “Mami, ¿le puedo prestar la cama a mi papá para que se quede a dormir aquí?”, y ella le contestó que claro, que esa era la casa de nosotras y que podíamos invitar a quien quisiéramos. Mamá le acarició la cabeza, le organizó el pelo y le levantó la cara para poderla mirar a los ojos. Mi hermana se le abalanzó, la rodeó con los brazos y la apretó duro. “Gracias, mami”, le dijo, y no pudo contener un llanto que no supo por qué le salió.

Así fue como papá empezó a quedarse en nuestra casa los fines de semana. El lunes salía madrugado para Caicedonia.



—A ver, señora Matilde, abra la boca. Diga “aaaaaaa”

— **aaaaaaa**



–Muy bien, ciérrela. Ahora apriete los labios.

Matilde intenta seguir la instrucción. Se avergüenza. Cree que no podrá lograrlo y en el caso de poder, se sentiría ridícula. Finalmente lo logra.

–Bien. Ahora arrúguelos un poco, como si fuera a hacer una mueca, como si le fuera a dar un pico a alguien.

El médico hace una mueca para ilustrarle mejor. Al verlo, Matilde suelta una risa inesperada. No puede parar de reír aunque quiere dejar de hacerlo para seguir la instrucción. Siente pudor porque no logra contener su risa.

–¿Se ríe injustificadamente con frecuencia? –le pregunta el médico a Caliza.

En medio de la risa incontinida y luego de escuchar al médico, los ojos de Matilde se humedecen. Hace un esfuerzo sobrehumano para dejar de reírse.

–Sí –responde Caliza–, y también llora de un momento a otro. Aunque la risa es más frecuente.

–Bien –escribe algo en la historia médica–. Bueno señora Matilde, la mueca, a ver.

Matilde hace la mueca y se ríe de nuevo.

–Muy bien. ¿Resequedad en la boca?

–Sí, sí, resequedad en la boca, resequedad en la boca –responde Matilde en voz baja, asintiendo con la cabeza.

–¿Babeo frecuente?

De nuevo asiente con la cabeza y responde, ahora en voz alta:

–Sí, sí, también. Los dos, los dos.

–Y, ¿cuál de los dos le molesta más?

–El babeo frecuente, doctor, el babeo frecuente. Sí –y asiente con la cabeza, reafirmando lo que dice.

Caliza mira al médico, pero él no la está mirando. Mira a su mamá y tampoco encuentra en ella una respuesta al desconcierto que le produce lo que acababa de escuchar.

–Mmmm. Veo. –El médico se queda callado, pensativo y después de un corto silencio, continúa–. Párese, señora Matilde. Por favor camine hacia la pared del fondo y devuélvase luego hasta aquí.

Cuando Matilde se para de la silla para ir hasta la pared, Caliza interviene:

–Mamá, ¿está segura de que el babeo frecuente es el que más le molesta?

–Claro, ¿cómo no voy a saber yo qué me molesta más? A mí no me gusta que se me escurran las babas, me da fastidio, fastidio, sí, sí, doctor... No me gusta, me incomoda. En cambio cuando tengo la boca seca lo puedo soportar. Sí. La resequedad no me molesta casi. Casi no me molesta.

Se asoma una sonrisa en el rostro del médico.

–Señora Matilde, pero ¿cuál de los dos le da con más frecuencia? –mientras hace la pregunta, el doctor comparte una mirada cómplice con Caliza.

Ambos, hija y médico, asienten con la cabeza sin que Matilde se dé cuenta. Mientras tanto, Matilde llega a la pared del fondo y gira para devolverse.

–Ahhhh, con más frecuencia –de nuevo la risa ataca a Matilde y los ojos se le llenan de lágrimas–. Entonces me molesta más lo otro, doctor. Sí, me molesta más la resequedad en la boca. Sí, sí. La resequedad me molesta más.





Desde que nació, mi hermana fue mayor que yo y siempre lo ha seguido siendo. En todo fue adelantada. Fue sietemesina. Aprendió a leer y a escribir viendo *Plaza Sésamo* cuando en el jardín apenas le estaban enseñando a coger el lápiz para colorear. Cuando llegaron a las vocales, ella ya llevaba un buen tiempo leyendo enciclopedias en la casa. Salía con apuntes que los compañeritos no entendían y que dejaban a los profesores boquiabiertos.

Mi madrina dice que desde chiquita le vio la vena intelectual. Cuenta que un día estaba rezando en familia la novena de Navidad “Oh, Sapiencia suma del Dios soberano...”, y de pronto, su sobrinita se paró y levantó la mano sin importarle que estuviera interrumpiendo la oración, “Tía, ¿qué significa sapiencia?”. “¡Ay!, me provocaba comérmela a besos”, repite mi madrina siempre que cuenta la historia, “porque era la única de todos los primitos, casi todos mayores que ella, que preguntaba lo que no entendía”. Aunque también acepta que era un poco desesperante tanta preguntadera y “uno muchas veces sin tener respuesta para lo que ella quería saber”, pero en todo caso “uno sabía que la muchachita no iba a ser ninguna bruta”.

A mi mamá todavía hoy le brillan los ojos cuando les habla a sus amigas de ella. Y es que además era curiosa, ella desbarataba todos los juguetes para ver cómo funcionaban, hasta los míos, y yo, claro, crédula y más chiquita, confiaba en sus promesas de que los íbamos a volver a armar después, pero mentira, qué íbamos a ser capaces, hasta ahí nos llegaba la dicha. Yo creo que por eso mis papás no nos volvieron a regalar juguetes. En cambio, nos regalaban cada vez más libros. Los libros y la comida nunca faltaron en casa.



Matilde Díaz mastica. Traga. Pone la cuchara sobre el plato. Lleva el dedo índice hasta bien adentro de la boca, a un costado para sacar algunos residuos de comida acumulados. Se ayuda con la lengua. Pasa el dedo al otro lado y, de repente, escucha la voz de Aidé:

—¡Cochina! ¡Incult! ¿Cómo se le ocurre hacer eso en la mesa? ¿No le da pena, Matilde?

“No, no me da pena”, responde con sonrisa pícara. Lleva la mano a la mesa, nerviosa. Coge la cuchara.

—Qué le está pasando, Matilde, usted no era así. Si usted tenía tan buenos modales, ¿por qué le dio ahora por esas?

Esta vez Matilde no contesta. Recoge un poco de ensalada con la cuchara. Sigue escuchando los reproches de su hermana. La risa se acaba. Aparecen lágrimas que quiere contener. Matilde calla. Mastica, traga, escucha y, de nuevo, lleva un poco de comida a la boca.



Expediente en mano y con marcha de atleta caminaba Matilde hacia su oficina como tantas otras veces. Respondía amablemente a los “Buenos días, doctora” que le daban las personas que pasaban junto a ella. Sus tacones resonaban y su cabalgar se extendía por el corredor de los juzgados. Al llegar al fondo, doblaba a la derecha y entraba a su oficina, tan rápido, que el aroma de 5th Avenue que se había aplicado horas antes frente al espejo de su casa parecía cansado de perseguirla.

—Rosalbita, ¿ya tiene el listado de detenidos?

Eso le decía a su secretaria cuando llegaba, justo en el momento en que se sentaba en la silla del frente. Ponía el expediente que traía en las manos sobre otro montón de expedientes y se lo hacía notar a Rosalba con tan solo un gesto.



–Sí, doctora, ya se lo puse en el escritorio. También le dejé los fólderes con las sentencias resueltas que me pidió ayer por la tarde.

–Gracias, Rosalbita.

Y se levantaba como un resorte para ir hasta su escritorio, desde donde preguntaba por algún asunto personal:

–¿Cómo siguió Danielito?

–Mejor, doctora. Ya le bajó la fiebre. Mi hermana me lo está cuidando hoy. Muchas gracias.

Matilde le daba alguna respuesta cordial que le salía del corazón y continuaba con los asuntos laborales.

–No se le olvide que tenemos que mandar a despacho el caso de la Gobernación.

Mucho antes de que todos llegaran a las oficinas Matilde había ahuyentado el sueño con los *espressos* que no le podían faltar. Disfrutaba como nadie del tiempo de trabajo silencioso del que solo gozaban quienes llegaban a trabajar tan temprano como ella. Era ahí cuando pasaba en limpio los borradores que había terminado la noche anterior en su casa. Después revisaba los listados y legajaba lo que tuviera pendiente. En todo caso, a las once de la mañana tenía las situaciones jurídicas resueltas y organizadas. Y con un golpe de voz muy fuerte, que jamás era un grito, decía:

–Rosalbita, llámeme a Antonio. Dígale que pase ya mismo a recoger las situaciones jurídicas para que las lleve a la Secretaría Común antes del medio día. ¡Pero dígale que vuele, que yo ya me voy y no quiero que se me haga tarde! –y sacaba un espejo del bolso.

–Sí, doctora, ya lo estoy llamando.

Rosalba no había terminado de hablar por teléfono y Matilde ya se había echado la pestañina y el pintalabios. Guardaba el espejo, bolso en mano, ponía sobre el escritorio el paquete con documentos

que recogería Antonio.

—Aquí le dejo, Rosalba —sacaba un cigarrillo y el encendedor mientras le daba la última advertencia—. ¡Cuidadito me deja eso sin mandar! ¿Oyó? Y que sea antes del medio día.

Sin atravesar aún la puerta, prendía el cigarrillo y aspiraba profundo. Se despedía de Rosalba, le mandaba saludes al niño con los pulmones llenos todavía. “Que le vaya bien, doctora, muchas gracias”, respondía Rosalba al rastro de humo que dejaba su jefa.



Los ojos nunca le alcanzaron a Matilde para ver en el espejo lo que ocurría. Su delgadez alcanzó tal grado que no había quién no entrara a la oficina y se acercara donde Rosalba, discretamente, para preguntarle si la doctora Matilde estaba enferma, que si le pasaba algo a la doctora, que la veían demacrada, que no se veía saludable, que si estaba trabajando más de la cuenta, que cuidado, que si era que no estaba comiendo bien, que le dijera que se hiciera ver del médico.



Al ver que mi hermana sabía leer, yo me antojé. Pero ni me gustaba ver televisión ni era tan adelantada como para aprender por mí misma, así que tuve que rogarle a mamá para que me enseñara. Insistí tanto, que no tuvo más remedio que sentarse cada noche a hacer las veces de maestra conmigo. No importaba que llegara cansada de la oficina, en donde ya el trabajo era por montones. Veía tanto entusiasmo e interés de mi parte que era suficiente para alargar su jornada y recordar sus tiempos de maestra.



Cuando mamá entró a la universidad mi abuelo estaba arruinado. La venta de café no le daba más que pérdidas y aún quedaba mucha familia por levantar: ocho hijas más que estaban en el colegio, unas pocas terminando y otras que no iban ni en la mitad. Para ayudarlo, mi tía Aidé y mi mamá empezaron a dictar clases en una escuela. Mi madre les enseñaba a leer y a escribir a niños de primaria y fue seguramente gracias a su experiencia de aquellos tiempos que logró hacerlo conmigo en tan solo dos meses.

Una vez terminadas las lecciones, no salí corriendo a devorarme los libros de nuestra biblioteca como hubiera esperado mamá. En cambio, me dio por rayar sobre todo: paredes, espejos, pisos y muebles de la casa; también rayaba vestidos, sábanas, piel y manteles, mezclando dibujo y escritura como si se tratara de una misma actividad. Después de muchos regaños de mis padres terminé resignándome al único lugar en el que todo era permitido: el papel. A partir de ese momento me incliné por hacer cartas que llenaba con dibujos: cartas a mis padres primero, luego a mis amigas y amigos, cartas a mis novios después, cartas a todos ellos ahora.

Un par de años después, descubriría las frases que venían al reverso de las hojas de calendario. Me atrajeron tanto que me dediqué a copiar mis favoritas en cuadernos que llenaba en un tiempo inferior al que hubiera esperado. Me volví cazadora de frases, ya no solo de las de calendario, sino también de las que oía en televisión, en radio o en alguna conversación. La cosa se iría puliendo hasta buscarlas de lleno en los libros que comencé a leer en mi adolescencia. Así fue como mi existencia empezó a tejerse con las hebras de tinta que brotaban de los libros; los de la biblioteca de mamá primero, y luego muchos otros que llegarían a mis manos por vías distintas, algunos de los cuales reposan hoy en los estantes de mi estudio.

Conservo la costumbre de guardar frases hasta el día de hoy, aun cuando durante mucho tiempo no lograra entender la mayor parte de ellas, como si presintiera que guardaban secretos que más adelante me serían revelados. Ignoraba que habría de usarlas como si fueran fichas robadas de un rompecabezas, que terminarían haciendo parte de un juego distinto para el que fueron diseñadas. Años después sabría que

sólo (sic) las piezas que se hayan juntado cobrarán un carácter legible, cobrarán un sentido: considerada aisladamente, una pieza de un puzzle (sic) no quiere decir nada; es tan sólo (sic) pregunta imposible, reto opaco; pero no bien logramos, tras varios minutos –o años– de pruebas y errores, o en medio de un segundo prodigiosamente inspirado, conectarla con una de sus vecinas, desaparece, deja de existir como pieza: la intensa dificultad que precedió aquel acercamiento, y que la palabra puzzle (sic) –enigma– expresa tan bien en inglés, no sólo (sic) no tiene ya razón de ser, sino que parece no haberla tenido nunca.



Al principio solo era Matilde. Después vino la escritora, despertó. Luego vino la historia: fuimos Matilde y yo. Tú, lector, tan solo al otro lado.



Habría de aprender muchas otras cosas por adelantado gracias a mi madre. Una mañana de colegio que transcurría de manera idéntica a todas las mañanas de colegio de nuestras vidas hasta entonces,



mamá preguntó desde su cuarto con una desesperación tal que hacía prever que en pocos segundos vendría un grito:

–¿Alguna de ustedes cogió el cepillo de mi tocador?

Me dio miedo responder. Corrí hasta su habitación. Al verme entrar, justo antes de que se llenara de furia, vi un destello de sorpresa en sus ojos.

–¡Se peinó solita la señorita! –dijo.

Cada noche, sin que yo lo planeara e incluso aunque me esmerara por evitarlo, mi pelo se llenaba de nudos. A la mañana siguiente tenía que soportar que ella, de manera brusca y afanada, me desenredara. “El que quiere marrones que aguante tirones”, era lo que siempre decía cuando escuchaba algún “auch” que se me escapaba. Si a pesar de la advertencia, yo volvía a romper el silencio, venía una frase que era definitiva: “Si no le gusta, mijita, y si quiere que la deje de mortificar, esta misma tarde vamos a que le corten el pelo bien cortito, así como el de su hermana”. Esas palabras significaban mi rendición. Aprendí a no quejarme, pero jamás pude aprender a no sentir dolor. A veces me preguntaba por la posibilidad de que mamá fuera más cuidadosa conmigo, pero no, no podía serlo, por lo menos no en aquella época en la que generalmente se le veía impaciente y alterada. Hubiera sido imposible pedirle eso. Por otra parte, tampoco era su problema: era el mío.

Mi madre se acercó a esa niña flaca y desgarbada que yo era. La miré con el cepillo entre las manos y me lo quitó. Ahora tenía el arma en su poder y la acercaba a mi cabeza. Ya podía sentir la herida en el cuero cabelludo, su mano haciendo fuerza y mi cuello tensionado para evitar que me lastimara. Puso su mano izquierda debajo de mi mentón, sosteniéndome la cara, y con la derecha dibujó la línea que partía mi pelo para un lado (jamás me gustó peinarme a la mitad).

–Procure que le quede siempre lo más recta posible –me dijo al terminar.

Miré hacia arriba para alcanzarle los ojos pero no lo logré, ¡mamá ha sido siempre tan alta! Le di las gracias. Respondió con un beso en mi cabeza. Desde aquel día supe que podía hacerme cargo de mis enredos.



Matilde se despierta y pasa la mañana en cama para no perderse los comentarios de Jota Mario. Escucha atenta las voces de los televidentes, las llamadas de cientos de personas que como ella tienen la atención puesta en *La Mañana* “*El programa que alegra los días de los colombianos*”.

Para qué bañarse si no hay nada que urja hacer. Para qué desayunar cuando no se siente hambre. En cambio, si sale del cuarto podría perderse *El tarot de Mabel* y no sabría cuál es su número de suerte para hoy o, peor aún, ¿qué tal que no pueda escuchar *Los consejos del padre Chucho*? El medio día se le advierte con el fin de *La Mañana* y solo esto le recuerda que el almuerzo debe ser preparado. ¿Para quién? Ya no hay hijas ni esposo, ya no hay oficina a la cual salir corriendo después de almorzar. No hay pues, prisa. De todas formas, a la hora del almuerzo hay que llegar bañado, eso se lo habían enseñado sus padres desde pequeña y es seguramente esa costumbre la que obliga a Matilde a ducharse todos los días. El noticiero no la motiva y sin embargo lo ve, así como ve cuanto programa emite RCN, el único canal que sintoniza en su casa, porque si algo es Matilde es ser fiel.

Pocos son los momentos en que se pregunta por la hora, ¿para qué? El reloj cuelga en su muñeca y hace ya un buen tiempo que no



lo consulta (¿mucho?, ¿poco?, no tiene idea, ni siquiera se lo pregunta). El reloj podría estar parado o atrasado y Matilde no se habría dado cuenta.



Mis padres llevaban un año de haberse separado. Pasaba vacaciones en Caicedonia, en casa de mi tía Ligia, donde vivía ahora mi padre. En su cuarto había un gran mueble de madera oscura. Era grande y pesado. Allí, en el cajón más alto, guardaba con seguro sus documentos y papeles. Como todas las noches, mi padre llegó a revisar cosas, a poner al día recibos y facturas, a organizar sus asuntos. Yo lo acompañaba parada en una butaquita, junto al mueble.

El cajón abierto. Mi padre sacando y metiendo carpetas, fotocopias, cajitas que revisaba en su cama, mientras yo me emocionaba con la posibilidad de acceder a un compartimento que casi nunca veía abierto. Nada de malicia, solo curiosidad. Papeles muy viejos con olor a guardado (siempre me asombró el don que tenía mi papá para guardar cosas durante tantos años), con un aroma a épocas y a lugares a los que yo nunca tendría acceso. Vi un telegrama. Como casi todo lo que tuviera letras me inquietaba, tomé el sobre con la ingenuidad con la que hacía todo en aquella etapa de mi vida. Lo abrí, saqué la hoja que había adentro y leí.

Un saludo amoroso. Día del Amor y la Amistad. Remitente: mujer. Una mujer que no era mi madre. El latido de mi corazón como un golpe. Dolor en el pecho. La fecha: 1986. “Mis papás ya estaban casados”, pensé. El telegrama fue arrebatado de mis manos. Ambos sabíamos que algo había pasado. Ninguno dijo nada. Guardó el papel en el sobre y lo puso en una carpeta, lejos de mí. Él se quedó

mudo y yo caí en las profundidades de un silencio doloroso. Guardó todo, cerró el cajón y le puso llave. Me bajó de la butaca.

Ya no recuerdo las palabras exactas, quise olvidarlas inmediatamente después de haberlas leído. Pero no podía parar de pensar que en 1986 ya estaban casados y que en esa fecha yo tenía cinco años. Quería recordar cómo era la vida en ese entonces: cómo era mi padre, cómo era yo, cómo era mi mamá, cómo era mi hermana, qué hacíamos, pero no logré volver atrás. Cuatro años me parecían mucho tiempo y los recuerdos que tenía de esa época eran vagos: aquel tiempo me resultaba inaccesible. Entonces, solo me quedaba pensar en mi mamá. Mi mamá que estaba sola en casa. Mi mamá que trabajaba y trabajaba en la oficina. Mi mamá que lloraba. Mi mamá que mantenía la casa limpia y la comida, deliciosa, lista. Mi mamá que iba a todas nuestras reuniones del colegio. Mi mamá que se encargaba de resolverlo todo. Mi mamá que casi nunca se quejaba. Mi mamá que, muy tarde en la noche, caía rendida en la cama. Mi mamá que no salía a divertirse. Mi mamá que siempre nos había hablado bien de mi papá.

Pasamos a la mesa, con mi tía Ligia, su esposo y mis primos. Esa noche comí poco. Nos acostamos a dormir temprano, mi padre madrugaba mucho. Yo solo quería vomitar, tenía una especie de hambre inversa, hambre de desocuparme, hambre de vaciarme. Nos lavamos los dientes, nos pusimos la pijama y nos acostamos a dormir, como todas las noches, en su cama.

—Hasta mañana, hija, que Dios la bendiga.

Estábamos envueltos entre las cobijas y la oscuridad. Se volteó. Me quedó de frente su gran espalda. Hice un esfuerzo por no hacer ruido al llorar. Luché con ese impulso pero me dolía el mundo. ¿Será que nunca quiso a mi mamá? Detrás de esta hacían fila muchas



más preguntas que se iban volviendo grandes, gigantes, más oscuras y herméticas que el mueble en el que mi papá guardaba sus cosas. Quería preguntarle, tal vez él sabría responder. Pero no era capaz de hablarle. No en ese instante. Seguía sin sueño. A pesar de mi corta edad, en el fondo sabía (y eso era lo terrible) que todo lo que me imaginaba era cierto y que no habría explicación ni respuesta alguna que lograra calmar mi dolor. La pregunta me envolvía, me apretaba, me acorralaba. Tenía que preguntarle. No sabía cómo, pero tenía que arriesgarme. Me tragué las lágrimas. Necesitaba una respuesta. Respiré. Me calmé un poco para que no se diera cuenta de que lloraba.

–Pa’.

Con una voz clara que delataba su ausencia de sueño, me contestó, ¿Sí, hija? Y entonces, le tiré la pregunta sin preámbulos ni disimulos al lado de la almohada:

–Usted, ¿sí quería a mi mamá de verdad?

Su respuesta fue inmediata.

–Claro, claro que la quería, por eso me casé con ella.

Ni siquiera se volteó para responder. Dio por terminada la conversación y siguió durmiendo (o fingiendo que dormía). Yo, en cambio, no pude cerrar los ojos en toda la noche.

Llegó el sábado. Volví a Albenia con las preguntas encima, cargando con esas gigantes en que se habían convertido y escondiendo el secreto del telegrama con llave. Yo no tenía buenas relaciones con mi mamá, pero eso no me impedía ponerme en su lugar. Tampoco me lo impedían mis escasos nueve años. Mamá abrió la puerta y me recibió con un abrazo. Fue un encuentro diferente. Ya no podía mirarla igual. Junto a su imagen se me aparecían el cajón, el telegrama, la fecha y la sombra de una mujer desconocida.



Matilde trabajaba en el comedor de su casa entre códigos penales y expedientes. La cabeza le daba vueltas. La responsabilidad no la dejaba vivir en paz. Una equivocación suya y algún inocente podría terminar en la cárcel o un delincuente durmiendo tranquilo.

A la cocina mientras tanto. Encendió la estufa, se acercó a la hornilla, prendió un cigarrillo y revisó el paquete para calcular cuánto podía durarle la noche: le quedaban cinco cigarros más. Agua en la olla: a hervir. Aspiraba profundo, el humo le ayudaba a remover las ideas. Caminaba de un lado a otro por la cocina mientras esperaba el tinto. Se acercó a la alacena para..., no recordó bien para qué. A través de la puerta abierta se encontró con los expedientes amontonados sobre la mesa. Volvió al comedor y, de pronto, ya lo tenía, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Escribió un párrafo más de la sentencia que tenía que tener lista para el día siguiente.

El sonido del agua hirviendo en la estufa le robó la atención. A la cocina de nuevo. Pasó por la alacena y ¡ah!, el café, era eso. Cogió de allí el tarro de café instantáneo, lo abrió y sacó una cucharadita rebozante que a pesar de regarse un poco terminó en el pocillo. Sirvió una cucharadita baja de azúcar que no logró dejar tan baja como hubiera querido, pero no lo pensó mucho, y ya estuvo. Una chupada más al cigarrillo antes de servir, apagó la estufa, cogió la olla y la mano con que la sostuvo era una mano temblorosa. Al echar el agua en el pocillo esta chocó contra la porcelana hasta regar un poco de tinto sobre el mesón, pero Matilde, que no paraba de pensar en la sentencia, ni lo notó. Apresurada, revolvió. Al poner la cucharita en el platero recordó que ya se había terminado el ciclo de lavado. Un par de chupadas más, botó la ceniza en el lavaplatos y puso el pucho en el mesón.



Abrió la lavadora. Colgó la ropa en el tendedero: dos pantalones de Gildardo, un conjunto azul de Matilde, tres pañuelos, dos calzoncillos, un brasier de encaje, tres pares de medias y “listo”. Alcanzó el tinto, dio una última aspirada al cigarrillo y lo apagó en el cenicero repleto de ceniza y de colillas. En el trayecto, con el plato tambaleando, se tropezó con la mesa de planchar. No se quejó (mucho ruido podría despertar a Gildardo). Siguió hasta el comedor. Apenas si le dolía. La sentencia, la sentencia, no pensaba más que en la sentencia. De nuevo en la mesa. Prendió otro cigarrillo, bebió un sorbo de café y volvió a los códigos, sumida en el caso que debía resolver, en el expediente, en la sentencia. Lápiz en mano, volvió a escribir.



En 1990 mi hermana y yo hicimos la primera comunión. Nos llevaron adonde Luz Mary, una vecina que tenía un salón de belleza en su casa y un hijo que me encantaba. Se llamaba Alfonso y a duras penas cruzábamos palabras.

Era mi turno. Me senté en la silla. Luz Mary empezó a hacer lo suyo cuando escuchamos lo que fue casi un grito de terror:

—¡Esta niña está llena de piojos!

La mamá de Luz Mary, que estaba en la sala, me volteó a mirar. Sentí que la cara se me iba a explotar, que toda la sangre del mundo se había juntado allí. Era seguro que Alfonso había alcanzado a oír. Empecé a sudar, quería desaparecer. ¿Por qué tenía que ocurrirme eso? ¿Por qué Luz Mary tenía que gritar a los cuatro vientos una cosa que me pasaba a mí? ¿No podía ser más discreta?

—¡No puede ser! —reclamó mi mamá saltando de su silla—. ¡Y con la mata de pelo que tiene!

Entre las dos empezaron a buscar liendres y piojos en plena sala. “Qué impresión”, “Pobrecita”, parecían ensañadas conmigo, hasta que mi mamá interrumpió:

—¡Qué peccadito dañarle la primera comunión a la niña! Para hoy, péineme la y déjemela bien linda, Luz Mary. Pero mañana se la traigo a primera hora para que le corte el pelo.

La miré aterrorizada e intenté buscar sus ojos para decirle que no, para rogarle, para suplicarle de ser necesario, y sin embargo parecía como si yo no estuviera presente porque terminó de hablar y volvió a meterse en la lectura de la revista *Vanidades* que había comprado el día anterior.

—Ma’ —dije.

Levantó la cabeza y seguramente leyó la angustia en mi rostro. Antes de que yo pudiera continuar, habló ella, con la seguridad que ponía siempre en sus palabras y que mostraba la firmeza de sus decisiones:

—Mijita, me da mucho pesar cortarle el pelo, pero es que está tan llena, tan llena, tan llena de piojos, que si me espero a hacerle un tratamiento seguro se los termina pegando a su hermana. Así que tocó. Y cuando toca, toca.

Sin darme espacio para responder, volvió a clavar los ojos en el artículo de la revista que tenía en la portada a la princesa Diana con una perla en cada oreja y con el cabello muy corto.

Quería llorar, solo eso quería. Menos mal que a mi hermana la habían peinado de primera y estaba ya en la casa porque o si no se estaría burlando de mí, y segurísimo que estaría contándoselo a Alfonso. Ya no quería saber de fiestas, ni de comunión, ni de vestido blanco, ni de medias veladas que picaban, ni de zapatos, ni de nada. Mañana iba a suceder algo terrible en mi vida y una de dos: o nadie se daba cuenta o a nadie le importaba.



Con dificultad Matilde Díaz recoge el arroz de su plato e intenta ayudarse con una mazorca que tiene en la mano. Algunos granos de arroz caen sobre la mesa y al llevar la cuchara a la boca, unos cuantos más van a dar a la sopa. Otros resbalan por sus piernas y terminan en el piso. La cuchara cogida apenas con la punta de los dedos. Los dedos tiosos sobre el mango de la cuchara. Las manos untadas de comida. La comida por fuera del plato.



Luz Mary me preguntó que qué corte quería y yo le dije que el corte gamín. No había parado de pensar en eso desde el día anterior, sabía que dejarlo en manos de mamá hubiera sido terrible, ella se inclinaría por un honguito o quién sabe qué otro corte infantil. La única opción que me convencía era imitar el corte de la protagonista de *LP, Loca Pasión*. *LP* era la única novela que veía, de los pocos programas que lograban hacerme sentar frente a un televisor.

–¿Segura? –me dijo Luz Mary, algo incrédula con mi elección.

–Sí, segura –afirmé con la certeza de quien ignora que va camino a un desastre.

Le pregunté si se veía la novela. Me dijo que sí, miró a mamá y ella dijo que si eso era lo que yo quería, no había problema. También dijo que prefería no opinar porque yo no le iba a hacer caso y que al fin y al cabo era mi pelo. Luego volvió a su revista, que no era la misma del día anterior pues tenía en la portada a Carolina de Mónaco que estaba como de luto, pues tenía un velo negro cubriendo su cabeza.

Luz Mary siguió mis instrucciones al pie de la letra, pero no quedé

parecida a la protagonista de *LP*, quedé como un gamín. Reservé mis lágrimas para cuando estuviera sola y para los siguientes días en los que me enclaustré en mi cuarto.

Pasaron cinco largos días hasta que llegó el sábado, o más bien, hasta que llegó mi papá. Lo abracé fuerte como escondiendo mi cara entre su pecho y él, para darme ánimos, me dijo que había quedado muy linda, que me veía igualita a mi abuela Berenice y que no me preocupara, que el pelo crecía. Mientras tanto, mi mamá y mis tías se reían y decían desde la mesa que yo era muy mimada, que no era para tanto, y no sé qué más cosas que no quise escuchar. Mi papá se dio cuenta de que estaba realmente triste. No me habló más de lo mucho que el corte resaltaba el parecido con mi abuela, salió a caminar conmigo y me dejó llorar con la cara pegada a su brazo. No volví a salir, iba al colegio solo porque me obligaban.



Afuera todos se mueven, todos hablan. Recorren la ciudad, van a misa, salen al parque y visitan el centro comercial. Adentro, todo como detenido.

Claro que le gustaría salir, entrar y salir. Pero necesita siempre a alguien para hacerlo y eso es lo que le molesta a Matilde.

Claro que le gustaría hablar. Pero ¡cuánto le cuesta encontrar las palabras! Incluso las más comunes, las más pronunciadas.



Graciela grita y grita despavorida. No se le ocurre otra cosa más que gritar muy fuerte para que alguien venga a ayudarlas.



Aidé llega como un ciclón a la mesa, levanta a Matilde de la silla y le sube los brazos mientras repite desesperada:

–¡Matilde! ¡Matilde! Respire, respire, por Dios, ¡Matilde!

Nada pasa, así que le pide a Graciela que se la sostenga mientras ella la abraza por detrás, le aprieta el tórax con las manos y luego la parte alta del estómago.

–¡Matilde! Por Dios, reaccione. ¡Por Dios!

Una, dos y tres veces. La cara de Matilde está cada vez más roja, un rojo que se torna morado. Graciela intenta subirle los brazos como lo hizo Aidé hace un momento. Aidé le presiona el estómago una vez más, pero ahora con una fuerza que supera la suya propia, con una energía que no sabe de dónde sacó.

Un pedazo de carne sale expulsado de la boca de Matilde. No es un pedazo pequeño. Está casi sin masticar. Graciela lo recoge y lo envuelve en una servilleta. Ahora es Aidé la que sostiene a Matilde. Todas tiemblan. La casa entera está invadida por una respiración profunda y agitada.

El rostro de Matilde recupera la palidez de todos los días. El parpadeo lento que precede su primera exhalación hace que por sus mejillas se resbalen unas cuantas lágrimas. Respira despacio, tomando el aire que hace apenas unos segundos le faltaba y que le hubiera podido quitar la vida en minutos. Parpadea otra vez.

Suena el teléfono. Nadie contesta. Aidé le habla a Matilde. Graciela también. Le dicen algo, pero ella no escucha más que gritos, ruido, interferencia. Graciela la sienta de nuevo en la silla. Sigue sonando el teléfono. Matilde pasa saliva. Le duele la garganta.

Que así no se puede, que tiene que masticar bien, que no se pueden descuidar porque se traga todo entero y eso ni se le vuelva a ocurrir porque mire lo que pasa. Todas esas cosas le están diciendo, las que

le dicen siempre que se atora y otras más que no alcanza a escuchar.

Ya no tiene más hambre. Matilde quiere dormir. Quiere reposar. Se siente cansada.



Desde que quedé como un muchachito me pasaba las tardes enteras encerrada en el apartamento. Las horas eran tan largas que a veces hasta me daba por jugar con *barbies*, sabiendo que antes ni las determinaba. Pero muy pronto me cansé de ese juego que anticipaba el de ser mujer, una cuestión que poco me importaba en ese momento. Fue sin proponérmelo que encontré la actividad que ocupó gran parte de ese tiempo lechoso y duradero de aquellos años de encierro: me quedaba mirando la pared. Podía ser cualquiera, alguna de un cuarto, de la sala o del comedor. Como las paredes y los techos de mi casa estaban aún sin pintar, en aquellos muros con estuco se formaban figuras por dondequiera que uno mirara. Me escapaba por esas formas, por las grietas o por pedazos descascados en los que se asomaba el cemento. Donde había rastros de humedad la pared se inflaba y bastaba con poner el dedo encima para que se desmoronara y se dibujara al azar una figura, cosa que a mí me encantaba. Cuando mamá se daba cuenta, el juego se convertía en delito. En todo caso, me gustaba que la pared me tragara.



“Un día que se quedó a dormir en mi casa, se levantó y cuando vio que el baño estaba ocupado, dijo ‘Me voy sin bañarme, me voy ya y me baño en mi casa que para eso tengo casa’, entonces como ve,



eran comportamientos que uno no se explica y sobre todo tratándose de mi hermana, es que si usted la hubiera conocido antes, doctora Diana, me entendería mejor, porque ¿cómo le explico? Matilde dejó de ser la que era, ¿sí me entiende?”.



La prosperidad económica llegó a la casa. Por lo menos eso creí. La verdad fue que mi madre empezó a hacer uso indiscriminado del crédito: pintó el apartamento, cambió baldosas, puso cortinas, puertas, clósets y hasta cambió las ventanas y los baños.

Con las reformas hechas se acabó mi divertimento. Las paredes recién pintadas se convirtieron en muros tan blancos que daba miedo tocar. Mi hermana y yo empezábamos a entrar en la adolescencia. Por esos días comencé a jugar baloncesto, un deporte que consumiría mi energía y motivación de ahí en adelante hasta el momento de mi partida a Bogotá.

Luego de tanta quietud, después de años de contemplación y de encierro, el deporte me dio lo que mi cuerpo extrañaba: movimiento y esfuerzo, sudor y cansancio. Pasé de la contemplación a la acción. No descansaba, ni siquiera los domingos.

Atrás había quedado la época en la que me confundían con un niño. Ahora llevaba mi cabello a la cintura y mi cuerpo empezaba a convertirse en el de una mujer. Las tardes enteras se me iban trotando en una cancha, driblando y haciendo pases a mis compañeras de equipo. Al principio se trataba de dominar la técnica, de la emoción al ver cómo me volvía diestra en cambios de dirección, doble ritmo y lanzamientos de tres puntos. Al poco tiempo me convertí en una buena jugadora. Mi vida cambió.

Había encontrado un espacio en el mundo. Allí, en ese rectángulo lleno de líneas y curvas, hice mis primeros lazos de amistad profunda y duradera. Y fue en las canchas donde conocí a Juan. Allí lo vi por primera vez.



*Tu salud es nuestra mayor preocupación
28 días contigo
Mujeres como tú ya le dijeron no más a la hinchazón*

Matilde Díaz en su sillón de cuero marrón, reclinada.

*Envía sueño al 7070
El alma de nuestra casa está en ti, en mí y en una Colombiana
Con Kótex es un premio ser mujer*

La pantalla del televisor encendida al frente de ella. Matilde mirándola como si estuviera poniendo atención, toda su atención.

*Soflán Suavitel: suave como el amor de mamá
Donde están tus sueños estamos nosotros
Arequipe Alpina, la fórmula de la felicidad*

Con la mano derecha tantea sobre el apoyabrazos. Pasa la mano junto a su cadera, junto a sus piernas. Encuentra el control remoto, lo agarra y lo aprieta fuerte para no perderlo de nuevo. Lo mira. A duras penas (¡ah, duras penas!) alcanza a diferenciar los números. Estira el brazo. Pone el dedo índice sobre los botones. Oprime



un botón. En lugar de subir el volumen, cambia el canal. Mueve el dedo y prueba con otro botón: tampoco. Prueba una vez más presionando con fuerza pero no logra volver a sintonizar RCN. Matilde quiere ver *La fuerza del destino* que está por empezar, Iván y Lucía se encontrarán después de tantos años y ella no se lo quiere perder. Es todo lo que quiere. Oprime un botón de nuevo, otro, muchos, otro. Sintoniza un canal sin señal. Pantalla azul. Silencio.

Matilde hace un gran esfuerzo para llamar a Graciela. La mano con el control remoto acompaña la acción golpeando insistentemente el sillón. Los tendones del cuello se estiran con el grito. No logra pronunciar algunas letras de ese nombre, se le enredan en la lengua hasta casi desaparecer en un confuso y tenue:

–A-aciela, A-aciela.

La casa es grande y más grande aún para una voz que día a día pierde fuerza, claridad y volumen.

–Acielaacielaacieceeelaaaaa.

Solloza. Abre la mano y suelta el control. Espera.

–Aaaciela.

Llora. Espera. Llora, espera y llama.

–Acielaaa.



A los trece años entré a estudiar al mismo colegio de mi hermana. El primer día de clases sonó el timbre del descanso, salí del salón y bajé por unas escaleras amplias que conducían al corredor del primer piso. A lo lejos, vi a mi hermana con un chico flaco, crespito y alto que hacía pocos días había visto en el Coliseo del Café al salir de entrenamiento. Seguí mi camino hacia la tienda, que quedaba

en dirección opuesta a la que estaban ellos. Había que atravesar las canchas. Son amigos. ¿Le gustará también a mi hermana? “No, ya me hubiera hablado de él”, pensé.

Me detuve a mitad de trayecto. Andrea, Cristina y Godoy me llamaron. Sacaron un balón y nos metimos en la cancha. Me alegró ver caras conocidas, pero más aún saber que íbamos a jugar. Empezamos lanzando. Todos mis intentos fueron fallidos. Les dije que tendrían que tenerme paciencia mientras me acostumbraba al aro. Le pasé el balón a Godoy y lo recibió con un doble ritmo que terminó en un salto hasta tocar el aro.

–¡Waw! –gritó Andrea. Todas aplaudimos.

Salí de la cancha para amarrarme un cordón que estaba suelto. Me agaché y me distraje con los intentos fallidos de Godoy para clavar el balón.

–¿De verdad, ustedes son hermanas? –me preguntó una voz desconocida que me llegó por la espalda.

Giré mi cabeza: me encontré con un cuerpo alargado que terminaba en una cabeza llena de crespos negros y despeinados. Una gran sonrisa sellaba la pregunta y ahora señalaba a mi hermana que nos miraba desde el corredor.

–Sí –le respondí muy seria mientras terminaba de anudar el cordón–, ¿qué tiene de raro eso? –continué con el tono altanero y retador que se acentuaba en mí cuando estaba nerviosa.

–Es que no se parecen en nada.

La verdad es que las opiniones siempre han estado divididas. Nuestros contrastes confunden. Ella heredó la contextura física y hasta la forma de ser de mamá: el pelo negro, las facciones finas y la piel trigueña. Yo, en cambio, tiendo al rubio que predomina en la familia de papá. De cualquier forma, aquel chico crespo hacía parte



de los que no lograban ver la similitud de nuestros rasgos.

Desde lejos, mi hermana hizo un guiño en señal de saludo e hizo un gesto de llamado con el que afanaba a su amigo.

–Yo soy Juan –alcanzó a decirme antes de salir corriendo para volver con ella.

–¡No me creía! –gritó mi hermana desde el corredor.

Juan la alcanzó y me dijeron adiós con la mano. Vi cómo se alejaban en dirección a la escalera por la que yo acababa de bajar.

–¿Lista? –me dijo Cristina desde la línea de tiro libre, pasándome el balón antes de que yo pudiera contestar.

Entré driblando a la cancha. Busqué el semicírculo de la línea de tres puntos. Lancé. El balón salió de mis manos. La yema de mi dedo corazón fue la última que lo tocó, “así es como debe lanzar un jugador que tenga buena técnica”, insistía Patricia, la entrenadora de la selección. La esfera anaranjada dibujó una parábola hasta llegar al aro. Cesta de tres puntos, limpia. El balón tocó solamente la malla, que nos regaló un sonido seco, ¡chus!



¿Medicarla? Parece que ya es hora. Caliza opina que los fármacos no son más que un veneno, les tiene pánico a los efectos secundarios, Karina dice que hagan lo que mejor les parezca, que es decisión de su madre, que no tiene nada que decir al respecto. Matilde está aburrida de vivir mareada, no aguanta más la rigidez del cuerpo, está cansada de ver que el tiempo pasa y nada pasa, o peor, que nada se mejora. Aidé y las demás hermanas están aterradas de que Matilde no se hubiera tomado los medicamentos desde que le diagnosticaron la enfermedad.



Doctor Ricardo Avello
NEUROLOGÍA CLÍNICA

NOMBRE DEL PACIENTE: Matilde Díaz
Fecha: febrero 22 / 2010

R/
PROLANZ (olanzapina) 5 mg.
1 tableta c/ noche.

Doctor Ricardo Avello
NEUROLOGÍA CLÍNICA

NOMBRE DEL PACIENTE: Matilde Díaz
Fecha: junio 16/2010

R/
AMANTIX (amantadina) x 100 mg.
2 tabletas antes del desayuno / 2 tabletas después de almuerzo

Doctor Ricardo Avello
NEUROLOGÍA CLÍNICA

NOMBRE DEL PACIENTE: Matilde Díaz
Fecha: enero 25 / 2011

R/
Meclizine 12.5 mg.
1 tableta c/noche.



Aumentar la dosis. Encontrar una forma de vivir que se estire, se alargue, se duplique. No se trata de multiplicar los segundos, tiempo le sobra a Matilde. Hay que encontrar otra forma de habitarlos.

Parece como si su vida hubiera entrado en un conteo regresivo.

¿Qué tal si pusiéramos de cabeza el reloj y dejáramos caer la arena? Podríamos hacer como si quedara todo el tiempo del mundo para llenar de sentido el tiempo de Matilde.

Es una lástima que no podamos hablarle, que veamos cómo avanza su historia y la acompañemos sin que ella se dé cuenta de nuestra presencia.

Pero es así. Esta historia la dicta Matilde: aquí el orden está invertido.



Era una tarde que prometía ser como cualquier otra. Acababa de terminar un partido. Habíamos ganado. Todo ocurría en las canchas de afuera del Coliseo del Café. Hacía mucho calor. Despeinada, sudorosa y con la cara quemada por el sol, me había despedido de mis compañeras de equipo y salía con mi morral en la espalda.

–Jugó muy bien –escuché que me gritaron.

Era la voz de Juan, con un tono solemne que no le había escuchado desde que éramos amigos. Su mirada cayó sobre mi hombro, se trepó por mi nuca y llegó hasta mis ojos. Se acercó. Empezó a hacer movimientos con su cuerpo y con un balón que tenía en las manos, de manera que se aproximaba y se alejaba, iba y venía, iba y venía.

–Gracias –respondí apenada, no sé si por la implacabilidad de su mirada o por la extrañeza que me produjo el tono en que me habló.

Sus compañeros de equipo estaban haciendo estiramiento en la cancha. Le dije adiós acercándome para darle un beso en la mejilla, pero él me detuvo.

–Espere, le traje una cosa.

Puso el balón en el suelo, sacó de su morral un papel muy bien doblado y me lo entregó. José, el entrenador, lo llamaba del otro lado de la cancha. Recogió el balón y me dio un pico tan bien puesto en la mejilla que un frío me atravesó la espalda.

–Chao, chao –me susurró al oído–. Ya voooooy –le gritó a José mientras corría a reunirse con su equipo.

Mis músculos estaban cansados por el esfuerzo de un partido que no había sido nada fácil. El pulso no se aquietaba. Caminé hasta alejarme lo suficiente como para que ya nadie pudiera verme. Desdoblé la hoja amarilla y cuadriculada, arrancada seguramente de un cuaderno suyo. Sentía resbalar por mi espalda las gotas de sudor. Mis manos temblaban, al fondo oía el sonido de los balones rebotando en el pavimento. Tuve conciencia de que uno de esos era el sonido del balón tocado por sus manos.

Leí despacio. No había palabras de amor, nada de “Hola, ¿como estás?”. Solo la fecha, la hora y un par de líneas:

*Ahora ni las estrellas logran maravillar sus ojos
que están disecados por la frialdad de cada mirada,
ni las palabras traspasar la firmeza de su alma.*

Hice un esfuerzo por no llorar. Leí otra vez y ya no pude aguantar, al fin y al cabo estaba sola. Era todo un misterio entenderlo. Podía ser un insulto, un reclamo o una declaración, podía ser todo y nada, pero sobre todo, aquello me pareció bellissimo, era una frase



digna de estar en mi colección, junto a Hesse o a Sábato, mis preferidos en ese momento. En la parte de atrás me encontré con una calavera clavando un balón de baloncesto que él había dibujado. No era precisamente un buen dibujante. La calavera tenía el número nueve, su número. Me pareció encantador que pudiera arrancarme una sonrisa en medio del llanto y que hubiera logrado tocar un lugar de mi cuerpo que me era desconocido hasta entonces.

Aquella frase quedó rebotando durante mucho tiempo en mi cabeza. Esas palabras, como aquel sonido del balón, habían surgido de una acción ejercida por sus manos. Pasé mis dedos sobre el papel, sobre las letras. Sentí los surcos que habían quedado trazados en la hoja. Me acerqué la carta a la nariz, casi pude olerlo.

Llegué a mi casa, me encerré en el cuarto, arranqué una hoja de cuaderno y cogí un lápiz. Me tiré sobre la alfombra, alcancé una tabla que haría las veces de escritorio y apoyé el papel en ella. Allí, tendida, envuelta en la luz tibia de la tarde que se colaba por el velo blanco de mi ventana, hice una carta para él. Juan fue el primer gran escritor que tuve cerca. El primero cuyas letras me invitaron a escribir. También fue mi primer amor.



Sí. Ningún pensamiento tiene la contundencia de comerse un mango maduro –creo–. Para no hablar de papayas, melones y guanábanas.

Pone el separador antes de cerrar el libro. Se levanta. Va hasta la cocina, se prepara un jugo de granadilla y parte un buen trozo de su fruta preferida como dándole la razón a J., el protagonista. Vuelve a la hamaca dispuesta a devorarse el libro entre las caricias dulces y

salvajes que la aguardan en el plato. En la página 130, cuando *el trago le bajó, fresco y seco, por la garganta*, la escritora se toma el último sorbo de jugo. Hacia el final, la más carnosa, jugosa y ácida de todas las motas le remueve la saliva. ¿O es la página? ¿O le removió el alma? Un charco en los ojos vuelve borrosas las letras. Pero no deja de leer, al contrario:

Y mientras sus mejillas se destejen –sus oídos se derrumban, su corazón se entrega a otros seres–, el sol, el sol también fugaz, no ha dejado de brillar sobre otras vidas. Sobre los micos que saltan las ramas. Sobre los toros que rumian sin cesar su propio peso. Sobre las gaviotas que restallan en el aire su blanco estrépito. Sobre los hombres que comen mangos bajo el árbol.

Contrario a lo que pensó unas páginas atrás, ahora le parece que la contundencia de una fruta en la boca sí puede compararse con el efecto de algunas palabras en la vida: le encanta el sabor que *Primero estaba el mar* le ha dejado, que por cierto casa muy bien con la guanábana.



Catorce ojos encima de Matilde. Encima de sus manos, de las piernas, de los ojos, de su risa, de la espalda, de sus gestos, de su historia. Dieciséis ojos con los de Caliza. Igual número de oídos atentos a las palabras que pronuncia. La médica no para de tomar nota, mientras los más jóvenes (seguramente estudiantes) intentan aprender de aquello que parece ser una enfermedad rara. Dos meses de exámenes para llegar a un diagnóstico que enmarque aquello que padece la paciente. Un largo debate académico.



La médica le pide a Matilde que siga con la mirada el lápiz que va a mover frente a sus ojos. Matilde realiza la acción de manera eficiente cuando el lápiz va arriba y a los lados, siempre y cuando el movimiento no sea muy rápido. En cambio, cuando le ponen el lápiz abajo, lo pierde de vista, por más despacio que lo haga la doctora. Entonces, agacha la cabeza para encontrarlo.

–No, sin mover la cabeza, doña Matilde –le dice la médica–, solo con los ojos –y repite la operación, en la que otra vez los ojos de Matilde no alcanzan a reaccionar.

–¿Se dan cuenta? –comenta la médica a los estudiantes–, este es un síntoma típico. Ahora vamos a ver cómo está el reflejo al tragar. Doña Matilde, abra la boca y saque la lengua.

La médica mete un bajalenguas en la boca de la paciente e introduce un instrumento alargado que lleva hasta la garganta de Matilde. Lo deja allí durante un par de segundos. Lo saca.

–No tiene reflejo en el lado izquierdo –afirma, mirando a los pupilos que aspiran a ser médicos pronto, mientras vuelve a introducir el objeto alargado–, ¿ven? Cuando le toco el lado izquierdo no produce reflejo, pero si le toco el derecho –introduce de nuevo el objeto y Matilde contrae su tórax con el gesto de quien va a vomitar–, tenemos el reflejo intacto.

Escribe algo en la historia médica que ha llenado a lo largo de la consulta. Matilde soporta las extenuantes jornadas con la esperanza de un diagnóstico para saber qué vendrá, para saber de dónde prenderse.



“No comía. Lo que más nos preocupaba era que no comía. A mi casa, desde que entraba, llegaba diciendo: ‘No me den nada que estoy llena’”.

Aidé hace una pausa. Se muerde los labios para poder continuar. Le tiemblan las comisuras de la boca. Saca un pañuelo del bolsillo y se seca las lágrimas. Nunca mira a la cámara de frente, busca los ojos de la doctora Diana. Respira profundo. Continúa.

“Entonces, ¿qué hicieron las de mi casa? Cada una empezó a invitarla un día distinto a almorzar, así la obligábamos prácticamente a comer. Y ya entonces comenzó todo el mundo a visitarla, a estar pendiente, hoy se iba para tal parte, mañana para tal otra y así, cada día nos inventábamos algo para que se entretuviera, porque al principio pensábamos que era una depresión lo que tenía y creíamos que podía quitársele si se sentía más acompañada, porque a una de las hermanas menores le había pasado algo parecido hacía unos años y entonces, claro, de lógica, pensamos que era la misma cosa que le había dado a Irenita y nos comportamos todas igual, aunque lo de Irenita fue más terrible porque ella escuchaba voces que la llamaban y que le decían que no comiera nada porque la iban a envenenar. Ese fue todo un drama para la familia, muy duro y todo pero bueno, ya salimos adelante y hoy Irenita está divinamente, regia y alegre como siempre fue, aunque... Ella tiene que tomar pastas psiquiátricas de por vida... Pero bueno, qué le vamos a hacer, está bien y eso es lo que importa, y es que cómo no después de todo lo que le pedimos a mi Dios para que la curara”.



Tener novio se convirtió en un gran problema para mí. Casi todas mis amigas estaban ennoviadas hacía rato, pero esa no era una justificación



“¿entonces, si todo el mundo se tira por un voladero, usted se tira?”, solía decir mamá para rebatir cualquier argumento de este tipo.

Esperaba que mi madre terminara aceptando la situación para que, de paso, fuera ella quien se lo contara a papá. Después de darle muchas vueltas, y sobre todo impulsada por mis amigas, le escribí una carta que terminaba con una frase que a mamá le pareció contundente, “Lamentablemente el mundo se me adelantó”, y que para mi fortuna la convenció. Aunque lo que yo pensaba no era que el mundo se me hubiera adelantado a mí, sino que mi mamá se había quedado atrás del mundo (pero claro, eso jamás se lo dije).

Al final mis padres se resignaron. ¿Qué más podían hacer? Eso sí, con miles de reglas y prohibiciones, con miles de restricciones que terminé por aceptar. ¿Tenía otra opción? Jamás he sido del tipo de personas que imponen su voluntad,

prefería ser mártir involuntaria a verduga de buena voluntad. Siempre me ha horrorizado el poder, pero me resulta menos doloroso padecerlo que imponerlo.

Y en cuanto a mi madre, por más que le disgustara, saber que su hija tenía novio debió haber sido tranquilizador en ese momento en el que su imaginación la llevaba a proyectar sus miedos sobre mí. Sí, solo sobre mí, porque para ella mi hermana era perfecta, a ella jamás le esculcó los cajones, o si lo hizo, nada de lo que encontró le pareció sospechoso.



La llegada de Matilde cambió la disposición de los muebles en casa de Aidé: quitaron los objetos que se prestaban para tropiezos y las paredes se llenaron de tubos para prenderse al caminar.

Matilde reposa camuflada entre el mobiliario, puesta ahí. En esa espera por que algo suceda recuerda la primera estrofa de su poema favorito.

*La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
 Los suspiros se escapan de su boca de fresa
 que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
 La princesa está pálida en su silla de oro,
 está mudo el teclado de su clave sonoro,
 y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.*

Las demás estrofas se le escapan. Solo logra retener pedazos sueltos. Uno que otro verso. Quisiera escuchar el poema completo en voz de sor Emilia. Afina el oído y la memoria para escuchar aquella voz en el salón de clases del internado. Todo es tan difuso y lejano que apenas si alcanza a oír algo. Sigue intentándolo.



No fue sino poner un pie en el apartamento para que empezáramos a cantarle el feliz cumpleaños. Como no vimos a mamá por ningún lado, dejamos de cantar. Saludamos a Eneida y a Vicky, las amigas de mi madre que estaban en la sala. El gran ventanal dejaba ver un cielo cargado de nubes grises por encima del guadual que asomaba. Mi hermana puso la caja del ponqué sobre la mesa. Mi amiga Silvana lo sacó, le puso las velas y las encendió. Yo fui a la cocina a buscar a la cumpleañera y antes de entrar, en medio del sonido del choque de los trastos, le oí decir:

—¡Encontré divina la cocina!



Por la mañana, mi hermana y yo habíamos prometido lavar los platos, pero no contábamos con que el ensayo de mi ceremonia de grado se demoraría dos horas más de lo previsto. Seguramente habríamos alcanzado a tener la casa arreglada de no haberme obstinado en conseguir un ponqué para celebrarle su cumpleaños número 45.

No supe qué decir. Me encogí de hombros. La observé estregar la sartén y me intenté acercar para darle un beso. Al mismo tiempo, mi cuerpo hecho de músculos jóvenes y fuertes por el entrenamiento físico se fue volviendo pequeño y frágil hasta quedar invisible. Debió haber sido por eso que ni siquiera se volteó para saludarme.

–Yo termino de lavar, mamá –fue lo único que se me ocurrió decir para salvar el momento.

Cerró la llave, se secó las manos y salió de la cocina sin regalarme una mirada. Me puse los guantes y, curiosa por ver la cara que pondría al ver la sorpresa, me asomé por encima de la puerta de vaivén.

–¡Pues habrán comprado la torta para ustedes porque a mí no me gusta el chocolate! –dijo, después de dos segundos que alcanzó a durar parada frente a la mesa. Y continuó su camino hasta la sala.

No sopló las velas, no pidió ningún deseo, no se sentó a la mesa, no partió el ponqué, no soltó ni una pequeña sonrisa. Mi mirada se quedó en la llama de una vela que se derretía estropeando la cubierta. El ponqué que había comprado con los ahorros de todo un mes quedó intacto sobre la mesa.

Silvana buscó mi mirada: la esquivé. Mi hermana ni siquiera balbuceó el “yo le dije” que solía decir en esos casos. Volví a la cocina, tomé la esponjilla y me puse a lavar. Solo quería que el agua rodara y se llevara todo por el sifón. Todo.

Mi hermana salió disparada a verse con sus amigas. Silvana se fue, diciendo que sus padres la esperaban para almorzar. Vicky y

Eneida invitaron a mamá a almorzar y se despidieron prudentemente desde el comedor. Mamá entró en la cocina. Intentó darme un beso en la frente, pero me quitó.

—Hija, muchas gracias. De verdad —me dijo antes de salir.

Su voz era seca pero estaba ligeramente humedecida por algo que podría haber sido culpa. ¿O estaría conmovida? Nunca lo supe. Lo cierto fue que no le respondí. Tenía rabia. Me sentía torpe y ciega, nunca lograba entenderla. La cocina quedó impecable. Luego seguí con el apartamento: barrí, trapeé y brillé. Todo quedó reluciente, menos mi afecto por mamá. No pude limpiarlo, no quise.



En la pared del lado derecho reposa un hombre. Hay sangre sobre su piel. El gesto de su cara habla de una larga espera de sufrimiento. A pesar del dolor que siente, el hombre calla, aguanta, resiste sin quejarse. Su boca está cerrada, sus ojos también.

En la pared del frente está su madre con la mirada puesta en ningún lugar. Ella también sufre, ella sí que sufre. No hay nada que pueda hacer por su hijo.

El hombre está clavado a una cruz que cuelga de la pared. Alguien lo puso allí. Lo exhiben. Mucha gente lo ha hecho durante siglos. Lo mismo sucede con la madre.

Matilde reposa en su cama en medio de esas dos imágenes. A veces les reza desganada. A veces, ni siquiera se percata de su presencia. ¡Hay días en que se siente tan sola!





Si en el colegio nunca oí hablar de James Joyce ni de Cabrera Infante, menos aún iba a saber que ambos tenían a un publicista como personaje en una de sus obras. No me había llegado el momento de conocer ni a Leopold Bloom ni a Sergio Ribot “Eribó”. El único publicista que yo conocía en ese entonces era el Primo, mi gran amigo de Albenia que no es, ni ha sido nunca, ni será, primo mío. Todos le decimos Primo desde el día en que fue a pasar vacaciones a casa de su primo Diego, que vivía en nuestro barrio y que hasta el día de hoy es el único que le dice Andrés.

Aunque llevaba varios años frecuentando mi barrio, solo nos hicimos amigos seis meses antes de que me viniera a vivir a Bogotá.

Cuando se hablaba con él y él –lo que no siempre ocurría– traspasaba los límites de lo convencional y, dejándose llevar de su singular naturaleza, decía palabras personales y propias, era evidente que había pensado más que otros hombres, poseía en asuntos del espíritu aquella serena objetividad, aquella segura reflexividad y sabiduría que sólo (sic) tienen las personas verdaderamente espirituales, a las que falta toda ambición y nunca desean brillar, ni convencer a los demás, ni siquiera tener razón.

En Albenia jamás conocí a nadie como el Primo. Un par de meses después de estar viviendo en Bogotá recibí una carta suya:

Leí La Paloma de Süskind. Me sentí fuertemente identificado en dos aspectos con Jonathan. El primero es su condición de vida que, aunque yo no la llevo, aspiro a hacerlo algún día; vivir solo, con un trabajo fijo sin importar el sueldo, y tener el tiempo disponible para cualquier otra cosa. Definitivamente no soy un hombre de grandes aspiraciones, aunque con el tiempo mis requerimientos cada vez se

hacen más difíciles de cumplir, espero que el entorno no cambie demasiado de aquí a unos años, para que mis anhelos no se conviertan en metas extremadamente exigentes. El segundo aspecto es la infundada desconfianza por los demás. A diferencia del protagonista, a mí no me inquietan las eventuales palomas, incluso en momentos, me podrían servir como distractores para no aburrirme con mi apacible vida. Al fin y al cabo, este mundo es un palomar.

Además de la carta, me enviaba el libro (con todo y subrayados). En esa época no me cabía en la cabeza cómo un ser con la inteligencia, la sensibilidad y las capacidades del Primo tomaba por héroe a un personaje que me resultaba conformista y mediocre. Solo con el tiempo lograría entender sus sueños, siempre tan alejados del común denominador, así como sus reflexiones.

Respondí su carta después de leerme el libro en una sola sentada. Luego de esta vinieron otras conversaciones epistolares donde, además de conocer íntimamente al místico que era, entendí por qué era publicista. Y por más paradójica que pueda resultarme hoy esta combinación, era así. Su habilidad para el dibujo, la escritura y las artes gráficas se conjugaban para inventar cartas-historieta, cartas-afiche y cartas-acertijo. Cualquiera día le daba por dibujarme una panorámica de 360° de su cuarto o por regalarme un retrato del escalón vacío en el que tantas veces nos habíamos sentado los dos a charlar. El Primo nació con la creatividad en las venas y con el ADN de publicista incluido. Es muy probable que mi cercanía a él, unida a la gran admiración que le tenía, no me dejaran pensar la publicidad como una carrera para seres de este mundo. Por eso, jamás me hubiera imaginado que yo podría ser publicista. De hecho, nunca lo fui.



“A mí también, a mí también”, gritaba Caliza emocionada para que la madre jugara con ella como lo hacía con su hermana. Matilde accedía al llamado y “¡Sííííí!”, la niña se enloquecía con el viento acariciándole el cuerpo mientras veía a su mamá aparecer y desaparecer detrás de la cobija. Luego de un rato que para Caliza fue demasiado breve, la cobija le cayó encima de ella. Las manos de Matilde quedaron libres. La felicidad se apagó de repente.

–Noooo, todavía noooo mami, no se vaya, pooorfa, poooorfa –rogaba Caliza con pucheros que terminaban en sollozos.

Desde la otra cama y con un dejo de enfado, Karina también hacía lo suyo:

–Más, un rato más, mamá, solo un rato, un ratito.

Si por Matilde fuera se quedaría toda la noche acompañándolas.

–Mis tesoros, es hora de dormir. Mañana madrugamos todos y yo me tengo que sentar a trabajar ahora mismo.

–Ma’, ¿ni siquiera un cuento para que nos dé sueño?

Matilde apoyó la mano izquierda en la cintura, levantó la otra a la altura del pecho y batió el dedo índice mientras hablaba (un gesto que repetía incansablemente siempre que ponía alguna condición a las peticiones de sus hijas):

–Está bien, pero solo por hoy. Esto no puede pasar todas las noches. Y no quiero interrupciones –advirtió señalando a Karina–. ¿Trato hecho?

“Sí, mami”, respondieron a destiempo en una algarabía que duró hasta que se enrollaron entre las cobijas y se escuchó la voz de la madre, que ponía pausas y acentos hasta volver el cuento un canto:

*–Margarita está linda la mar, / y el viento,
/ lleva esencia sutil de azahar; / yo siento
/ en el alma una alondra cantar; / tu acento:
/ Margarita, te voy a contar un cuento:*

Caliza batió los pies, se mordió las uñas y reacomodó su cabeza en la almohada. Karina, en cambio, se convirtió en una estatua que apenas si respiraba.



La neuropsicóloga Diana Matallana lleva horas escuchando a los familiares de sus pacientes.

“Nada quería, Matilde no quería absolutamente nada. Uno llegaba a su casa y recibía miles de atenciones: que comida, que tinto, que jugo, que tortica, usted no se imagina doctora cómo era de especial con las visitas. Pero eso sí, ella no probaba bocado, no se daba gustos, lo que le digo, como si no quisiera nada y encima de todo sin contarle nada a nadie, porque eso sí, Matilde todo se lo tragaba, ella no hablaba de sus desgracias con nadie, ni con sus amigas, ni siquiera con nosotras que hemos sido tan unidas. Y llegó un momento en el que se veía como triste, como si tuviera una amargura por dentro...”.

Durante diecisiete minutos la cámara sobre el escritorio de la doctora Matallana muestra en la pantalla un plano medio de Aidé. Registra cada movimiento, cada sonido y cada gesto de esta mujer recia que lucha contra el temblor en la boca, el llanto y la voz quebrada. Porque no solo Matilde ha sentido el golpe de la enfermedad.





Por extraño que parezca, no fue por el Primo por quien terminé estudiando publicidad sino por Silvana. Cuando nos graduamos, las dos nos vinimos a estudiar a Bogotá. Mientras yo me amanecía leyendo libros enteros de Derecho Romano, ella se la pasaba haciendo trabajos que parecían más bien juegos. Cualquier día, muy tarde en la noche, sonaba el teléfono en mi casa y era Silvana que comenzaba a echarme el rollo sin saludar siquiera:

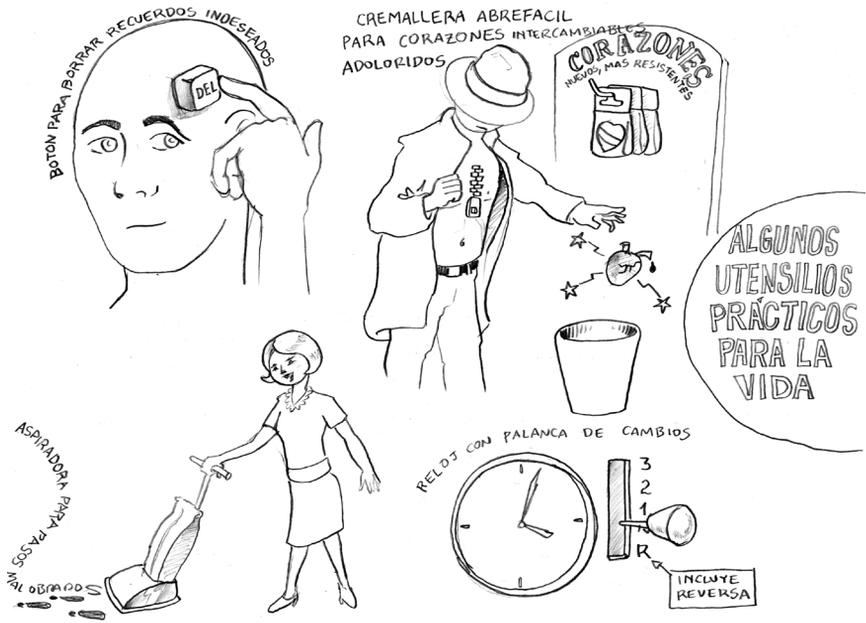
–Menos mal la encontré porque le tengo una tarea, ¿se le mide? Tengo que relacionar por lo menos dos elementos en una imagen para crear un nuevo sentido. Debo entregarlo en una pieza gráfica y puedo agregar un texto si lo considero necesario. No se me ocurre nada.

Entonces, le pedía que me dijera en qué materia y con qué tema estaba asociado el ejercicio. Luego de colgar me quedaba imposible volver a lo que estaba haciendo. Garabateaba papeles en función de unas cuantas ideas. Normalmente las primeras no me lograban convencer, así que intentaba siempre por varias vías, para que Silvana tuviera de dónde escoger.

Al otro día, Silvana recogía los bocetos que yo le había dejado en la portería de mi edificio y no sé cómo, pero convertía aquellos borradores en piezas listas para salir en cualquier revista. Tenía un talento increíble. Pasados unos días llamaba a darme las gracias y a contarme todos los detalles de la entrega. Como sabía que yo prefería dejar a un lado mis estudios de Derecho civil y Derecho constitucional, mi querida amiga me azuzaba con la misma frase, siempre con la misma frase:

–Le tengo una tarea, ¿se le mide?

Por eso, cuando Silvana supo que yo pensaba cambiarme de carrera fue la única que insistió en que contemplara la publicidad como una opción.



Carlos Andrés Orozco Hernández. Ilustración



—Es que, en serio, usted es como buena para eso —no se cansaba de repetirme—. Piénselo bien, no lo descarte.

No solo lo pensé. Me pareció que brindaba un apetitoso menú para quienes no tenían la menor idea de lo que querían hacer en la vida. Y yo era una de esas. Por lo demás, la publicidad resultaba ser una excelente orientación profesional que prometía diversión y variedad.

Mamá insistió hasta el cansancio para disuadirme. Decía que el Derecho terminaría gustándome, que tenía que hacer un esfuerzo, que a ella le había pasado lo mismo, pero que a partir del tercer año su carrera se había convertido en lo mejor que le había pasado en la vida. Pero ¿qué garantizaba que a mí me iba a ocurrir lo mismo? Yo no era lo que se dice un fiel reflejo de mi madre.

En los cinco años que pasé estudiando publicidad rescaté la capacidad de juego e inventiva que se había esfumado durante los once años de colegio. Perdí el miedo a proponer. La única regla que no podía violar era la de ser creativa: cualquier idea traída de los pelos se la celebraban a uno a viva voz y con un cinco como calificación. Además, resultaba estimulante acceder a saberes tan variados como la semiótica y las matemáticas financieras, porque fue así, veíamos estadística, fotografía, mercadeo, sociología, historia del arte, psicología y una larga lista de materias que harían de mí y de mis compañeros un tipo de profesionales que aunque han aprendido de todo, no saben realmente nada.

A pesar de lo exótica que podía resultar esta experiencia académica, se suponía que en unos años tendría que enfrentarme al mundo laboral yo sola. No contaría más que con lo allí aprendido para insertarme en el mundo productivo y dejar de ser la larva que era hasta el momento. Finalmente, me gradué como publicista y terminé

refugiada en esa tierra de nadie, en el foso que era mi oficio del siglo XX: ni artista ni técnico ni artesano ni obrero ni científico ni lumpen ni puta: un híbrido, una cruza, un engendro.



Matilde miró a Karina y la señaló con el dedo índice mientras terminaba la frase:

– ...y una gentil princesita, tan bonita, Margarita, tan bonita, como tú.

La niña se tapó la cara con la cobija y se la destapó unos segundos después, cuando la voz de su madre continuó recitando la historia.

–Una tarde, la princesa vio una estrella aparecer / la princesa era traviesa y la quiso ir a coger.

Un par de hoyuelos en las mejillas de Caliza anticiparon el gesto de alegría que acompañó el siguiente verso.

–La quería para hacerla decorar un prendedor / con un verso y una perla / y una pluma y...

–Mami, no es un cuento, es un poema, ¿cierto? –dijo Karina, cortando bruscamente a Matilde.

–Sí, mi amor, es un poema, pero ¿qué dije de las interrupciones? –respondió Matilde arrugando las cejas.

Caliza puso su dedo índice sobre los labios, haciéndole un llamado de atención a la hermana mayor. Karina se tapó la boca para ocultar la risa.

Una, dos, tres y cuatro estrofas más del poema de Rubén Darío sin perder la atención de las dos niñas. Y de repente, en el momento culmen de aquella historia, fue la misma Matilde quien rompió el encanto de la noche:



–Mis tesoros, es todo por hoy.

El desconcierto reinó en las camas, pero las niñas no dijeron nada, sabían que ya no tenían derecho a insistir. La concesión que hace un rato había hecho su madre tenía un límite y este había llegado. Matilde agregó algo más:

–Si dejamos el final para mañana, pueden imaginarse lo que vendrá.

Con esta frase no esperaba dejar satisfechas a sus hijas, tal vez solo quería abrirlas una ventana para enfrentar lo que era ineludible: las obligaciones. Así era la vida, pero no se los dijo. Solo se paró, arrojó a Caliza y le dio un beso en la frente. Al pasar por la cama de Karina, esta se tapó con la cobija y se negó a recibir el beso de la madre.

Bajo el marco de la puerta, con su mano derecha, Matilde dibujó en el aire una cruz y les dijo “Que Dios las bendiga, mis tesoros”. Con la misma mano apagó el interruptor dejando la habitación en una total oscuridad.



Vivir sola, sin mamá, fue toda una experiencia. Además de la ausencia de control y posesión de la que pudimos disfrutar mi hermana y yo, nuestro apartamento en Bogotá estaba libre de gritos. Viéndolo desde la distancia de los años me parece obvio, ¿qué preocupaciones podríamos tener nosotras en ese entonces? En cambio, viviendo con nuestra madre era frecuente que se armara un lío de la nada, casi siempre por el choque entre dos personalidades que solían estar en tensión.

Un día mamá buscaba desesperadamente algo por toda la casa. Era media noche:

–¿Han visto mis cigarrillos?

“No”, dijimos las dos. Seguí con mis ejercicios de factorización y mi hermana con su programa de televisión.

—¿Seguras?

Repetimos: “Sí, seguras”. Mi hermana dijo que tenía sueño, bostezó y se fue a dormir. Yo me quedé en la mesa, con la mente y el lápiz intentando factorizar los trinomios cuadrados perfectos que aún me quedaban por resolver. Mamá se metió en la cocina a buscar. No pasó mucho rato cuando gritó:

—¿Conque no los habían visto?

Se vino furiosa hasta la mesa, con un recipiente de vidrio en la mano que puso frente a mis ojos mientras me apretaba el brazo durísimo. Vi tres cigarrillos congelados. Una sustancia de color café se fugaba de los filtros y había intentado diluirse en el líquido que ahora era hielo. Tenía pues, enfrente, tres cigarrillos suspendidos entre una nube de lo que supuse era nicotina. Me dio asco.

Le dije que me soltara, que me estaba lastimando, pero ella tenía tanta rabia (¿o tantas ganas de fumar?) que me ordenó que saliera a buscarle unos cigarrillos “¡ya mismo!”. No alcancé a protestar cuando mi hermana ya había salido de su cuarto para confesar que había sido ella y no yo la autora del crimen. Por fin me soltó.

—Entonces la que va a ir es usted —y le puso encima su mirada histérica y herida.

A mi hermana la atacó la risa cuando vio los cigarrillos congelados. Eso debió haberle dado más rabia a mi mamá porque empezó a pegarle palmadas en los brazos. Mi hermana salió corriendo sin parar de reír. En lugar de perseguirla, mamá se quedó quieta y muy seria.

—Me los trae ya mismo —gritó.

—Pero a esta hora no hay ninguna tienda abierta —respondió mi hermana, ahora sin asomo de risa.



—No me importa. Tendrá que ir entonces adonde Ema.

Abrió la puerta de la casa y le dijo que saliera, que no le iba a abrir hasta que no llegara con los cigarrillos. Mi hermana dijo que si no le daba pena molestar tan tarde a la tía Ema por semejante bobada. Entonces mi mamá la cogió del brazo y la sacó de la casa y le cerró la puerta mientras le repetía que ya sabía qué tenía que hacer para poder entrar. Del otro lado de la puerta le escuchamos decir a mi hermana que no iba a ir a casa de la tía Ema, que iba a dormir ahí si era necesario: “¡Hasta mañana!”, fueron sus últimas palabras ese día.

Mamá se sentó en la sala a llorar. Me asomé por el ojo mágico y vi a mi hermana enroscada en el suelo, junto a la puerta. No alcancé a volver a la sala cuando pasó lo que me temía. En medio de lágrimas y quejas, mamá me pidió a mí que fuera. No era una orden sino un favor. Me dio rabia porque siempre era yo, la que menos tenía que ver en el asunto, la que terminaba pagando los platos rotos. Pero no tenía opción. Ninguna de ellas iba a ceder. Nunca lo hacían.

Cuando volví con los cigarrillos mi hermana ya estaba acostada. Mamá me dio las gracias con el tono culpable que ponía cuando sabía que había obrado mal. Se puso a fumar. Cerré el álgebra de Baldor y el cuaderno. Me encerré en el cuarto dispuesta a dormir, pero fue imposible con el humo entrándose por encima de la puerta. Abrí la ventana, prendí la lámpara y me resigné a tragarme el olor a cigarrillo. Solo un buen libro distraería el asunto hasta hacerlo olvidar.

En nuestro apartamento en Bogotá, en cambio, no se fumaba. Ni siquiera mi hermana lo hacía a pesar de haberse convertido en una fumadora empedernida (¡quién iba a pensarlo!). Sin mamá al lado, mi hermana parecía menos recia y seguramente yo también. Nos fuimos adaptando la una a la otra, como dos piedras en el río que a

fuerza de chocar terminan reposando juntas en algún rincón. Vivir empezaba a parecerme algo que algún día podría llegar a disfrutar.



“...pero nadie se atrevía a preguntarle si tenía algún problema o si le pasaba algo porque es que Matilde era cosa seria, desde chiquita fue bravísima y no le gustaba que se le metieran en sus cosas y ¿cómo hacía uno para ayudarla sin saber nada? No fue sino hasta que ella tuvo esa caída tan horrible que se le puso la cara así como un monstruo, que vimos que no podíamos esperar más, ahí sí ya no teníamos la menor duda de que algo le estaba pasando. Si no es por eso, Matilde no se deja llevar al médico. Tuvimos que llamar a las niñas a Bogotá para que la convencieran y la hicieran prometer que iba a hacerse los exámenes y todo. Pero en Albenia ningún médico daba con el chiste. Todos decían que estaba perfecta, que había que seguir buscando, y así duramos año y medio... y si no es porque las niñas los encontraron a ustedes aquí, doctora Diana...”

Profundo silencio. La voz gruesa de Aidé parece un hilo tenso a punto de romperse. Pero resiste.

“...quién sabe qué sería de mi hermana a estas alturas”.



La novia tenía un vestido gris perla satinado y el novio un traje de corbata negro. Por momentos, la pareja no entendía lo que decía el padre. Escuchaban un eco con parches de claridad.

—Queridos amigos, ustedes han venido a esta iglesia para que el Señor selle y fortalezca su amor en presencia del ministro de la Iglesia y de esta comunidad.



Hacía siete meses que se habían conocido y llevaban cinco de novios. Se habían mostrado de la mejor manera posible el uno al otro. Él sería un excelente padre, y ella, la mejor de las madres, de eso no tenían la menor duda. ¿Acaso necesitaban saber algo más para tomar esta decisión? A pesar del origen campesino de sus padres, ella había logrado ser profesional, ocupaba un cargo público en la rama judicial y había llegado a aquel pueblo remoto, nombrada como juez. Él, en cambio, tuvo que trabajar desde pequeño para ayudar a su papá porque la vida del campo no da tregua, más aún para una familia que había sido expulsada de su tierra en la violencia del 9 de abril, cuando él apenas era un niño. Crecido entre las montañas de la cordillera Central, arriero desde pequeño, Gildardo se acostumbró a la vida adulta antes de tiempo. ¡Qué iba a gustarle estudiar! Pero eso sí, Gildardo Oropel “para el trabajo y los negocios es un macho”, decían en el pueblo.

—Cristo bendice abundantemente este amor..., para que ustedes asuman las responsabilidades del matrimonio en fidelidad mutua y perdurable.

Gildardo le hace señas a Matilde y aprovecha un descuido del cura para girar la cabeza y extender el gesto a los amigos presentes en la ceremonia. La risa impera, aunque oculta, en el ambiente. Basta una mirada entre los novios para recordar los comentarios que les hicieron antes de entrar a la iglesia: que si era que se habían cansado de vivir bueno, que mucho cuidado que el matrimonio al que no mata lo desfigura y, sobre todo, que iban a acusar a la doctora Matilde por atreverse a cometer matrimonio.

—Así, en la presencia de la Iglesia, les pido que digan sus intenciones.

—Yo, Gildardo Oropel, te tomo a ti, Matilde Díaz, como mi esposa. Prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Él era un hombre entrador, acostumbrado a tratar con todo tipo de personas. Sabía cómo conquistar a una mujer. Matilde era inteligente y seria, una dama que sabía hacerse respetar. Además, tenía una mamá intachable y bondadosa. “Si con esa mamá usted no es una buena mujer, entonces no existen las buenas mujeres”, le dijo Gildardo a Matilde luego de conocer a doña Inés.

–Yo, Matilde Díaz, te tomo a ti, Gildardo Oropel, como mi esposo. Prometo ser te fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Después de casados empezaron a conocerse más a fondo. Tendrían que adaptarse el uno al otro para hacer posible la vida de familia que tanto habían soñado. No sería fácil.

–Ustedes han declarado su consentimiento ante la Iglesia. Que el Señor en su bondad fortalezca su consentimiento para llenarlos a ambos de bendiciones. Lo que Dios ha unido, el hombre no debe separarlo.

Amén.



En tercer semestre supe que no quería hacer parte del mundo de la publicidad. Eso significaba que iba a invertir cinco años de mi vida (y del dinero que con tanto trabajo habían ganado mis padres) en algo con lo que no quería tener nada que ver cuando me graduara. Aunque la estuviera pasando muy bien en la universidad, la cosa sonaba terrible.

Tengo un problema con hacer promesas, peor si se trata de cosas que no estoy segura de poder cumplir y menos aún si estamos hablando de promesas que sé que de entrada son falsas. Aunque desde muy temprano supe que no quería dedicarme a crear sueños que



solo prometen cumplirse con la compra de ciertos productos, de todas formas terminé dedicándome al engaño. Claro que a un engaño diferente porque en la ficción, de entrada, todo el mundo sabe que está asistiendo a una mentira, así que ¿cómo puede incumplirse una promesa que nunca se ha hecho? El arte jamás ha hecho promesas, nadie entra al cine esperando que le arreglen la vida, ni se lee una novela convencido de que alcanzará la felicidad cuando la termine.

Al año y medio de haber cambiado de carrera me vi otra vez en el tiempo de la búsqueda y con esa sensación de *Estar en el lugar equivocado* que parecía hacer parte de mi destino. Otro cambio de carrera era impensable, mis padres no iban a alcahuetearme una segunda equivocación. Por lo demás, tampoco tenía claro qué otra cosa estudiar. No tenía opción. El tiempo corría y debía tener algún plan para cuando me graduara. Pero el plan no existiría nunca. La tabla de salvación llegó sin que me diera cuenta: voy montada en ella, dejándome llevar mientras escribo estas líneas.

Los años que siguieron se parecen mucho a aquellos en los que buscaba dibujos en las paredes de mi apartamento, solo que ahora opté por escaparme al encierro en salas de cine, bibliotecas y museos. Dedicué meses enteros a devorarme las obras de Hesse, Goethe, Süskind y Virginia Wolf, a conocer la prosa de Andrés Caicedo y de Fernando González. Asistí a cuanta exposición llegó a Bogotá. Leí y vi cuanto pude. Me volví asistente asidua del Cineclub El Muro y la Cinemateca Distrital. No había festival de cine que yo me perdiera. Alcanzó a tocarme la última época de las grandes salas, antes de que el gran pulpo las convirtiera en multiplex y dividiera esos espacios descomunales en cuatro, cinco o seis pequeñas salas en las que la experiencia de la imagen en movimiento se volvió otra, insoportable si le llega a tocar a uno en las cuatro primeras filas. Aún recuerdo lo que

fue ver *Microcosmos* o *Gosht Dog* en el Radio City o la emoción al ver la premier de *Dancer in the Dark* en el Teatro Embajador, el más grande de todos y que esa noche estaba a reventar. Pero no puedo desconocer que también me seducían las salas pequeñas e independientes, donde más variedad había. Allí tuve el gusto de conocer las joyas de Tarantino y Álex de la Iglesia, así como las de Lars von Trier y las películas de Dogma 95, que en esos días estaba en pleno furor.

Bogotá era realmente provocadora. En esta ciudad estaba descubriendo un mundo con el que siempre había soñado, apenas impensable en la pequeña Albenia en la que crecí.



Cada mañana, el sonido seco de la puerta anunciaba la salida de Gildardo. Al rato, se escuchaba en la cocina el golpear de la piedra sobre la presa de carne. La puerta se abría y el almuerzo estaba servido. Era medio día.

El choque de los cubiertos contra el plato de Gildardo estaba lleno de reclamos. Al masticar, se los tragaba.

Entre muebles, cortinas y electrodomésticos reposaban las frases que nunca se dijeron.

Cuando Matilde recogía la mesa, Gildardo ya estaba saliendo de la casa. Ningún adiós. En cambio, el crujir de la vajilla y la insistencia en entregar la loza, el forcejeo por arrancar la mugre hasta dejar los platos *Rechinantes de limpieza*, como cantaba un comercial de televisión desde hace veinte años.

Matilde empezaba a acostumbrarse a la rutina de mujer pensionada. En la última y más larga sección del noticiero, aprovechaba que las noticias dejaban de ser trágicas y se dedicaba a contemplar



la felicidad farandulera. Solo así, la casa que últimamente no lograba tener brillo, se iluminaba con los flashes y los spots que disparaba la pantalla.



Noveno semestre. Miércoles de la primera semana de clases. Curso de Ética publicitaria. Me senté en la primera fila, junto a la ventana. Faltaban unos minutos para las nueve. Saqué *La lentitud* de Kunderra y empecé a leer.

Hay un vínculo secreto entre la lentitud y la memoria, entre la velocidad y el olvido. Evoquemos una situación de lo más trivial: un hombre camina por la calle. De pronto, quiere recordar algo, pero el recuerdo se le escapa. En ese momento, mecánicamente, afloja el paso. Por el contrario, alguien que intenta olvidar un incidente penoso que acaba de ocurrirle acelera el paso sin darse cuenta, como si quisiera alejarse rápido de lo que, en el tiempo, se encuentra demasiado cercano a él.

Estaba subrayando la última línea cuando escuché la voz del Ilusionista:

–Me queda imposible llegar en punto porque vengo desde Chía y ustedes saben cómo es de complicado entrar a Bogotá a esta hora por la autopista Norte –las frases se cortaban con su respiración agitada.

Cerré el libro. Los que estaban parados tomaron sus puestos. Cuando el Ilusionista puso el maletín sobre el escritorio, con voz tímida pronuncié un “Hola” que no tuvo respuesta. Me pregunté si no se acordaba de mí o no me había escuchado. Esquivó mi mirada, sacó un marcador y un par de libros de su maleta.

—Ahora sí, buenos días—dijo para todos, parado enfrente del tablero.

Nos explicó de qué se iba a tratar el curso, cómo iba a ser la metodología, cuáles eran las reglas del juego y la forma de evaluación. Cuando todos empezaban a pararse de sus puestos, levantó las manos haciendo una seña para que nos quedáramos quietos.

—Aún no se acaba la clase. Necesito una monitora...

Sí, así dijo, no monitor sino monitora. Se escucharon risas en el salón.

—...para cuadrar fechas de las actividades y para dejar con ella los materiales de lectura. No se pueden ir sin que este asunto quede resuelto.

En un gesto que empezó siendo una broma, mis compañeros me postularon para el cargo. Hacer las veces de mandadera de los profesores no era precisamente algo que me quitara el sueño. A pesar de mi negativa, también entre risas, terminaron confirmándome como monitora. Tuve la sensación de que no había sido en serio, que en la siguiente clase se aclararía todo y se nombraría la monitora o el monitor oficial.

—Por hoy, no es más. Pueden irse.

El Ilusionista vino hacia su escritorio para empacar todo en su maleta. Al cerrarla, me habló con una voz que no era tan baja para ser un secreto ni tan alta para que pareciera una pregunta trivial:

—¿Podrías recordarme de dónde nos conocemos?

Entonces sí había alcanzado a escucharme. Temí que el silencio que siguió a sus palabras pudiera delatar mi nerviosismo, así que reaccioné y hablé, intentando ser parca.

—En casa de Hernán, en una reunión que hizo el año pasado.

Ocupé mis manos empacando el cuaderno y la cartuchera en mi morral. De reojo alcancé a leer en su cara el gesto de quien no alcanza a recordar.



–Hernán, la Mujer elástica, en la fiesta que hicieron hace un año con la gente de El Circo –agregué, cuidándome de no sonar excesiva.

Hace un año, el Ilusionista le había dado esta misma clase a Hernán y lo había invitado a hacer parte de El Circo, un colectivo de comunicación y antipublicidad que acababan de fundar junto con otros profesores y estudiantes. Hernán organizó una rumba en su casa, en donde conocí al Ternero de dos cabezas, al Mono que baila por monedas, a la Mujer barbada, al Taquillero, a la Trapecista y, claro, al Ilusionista. Ese día habían dado su primer golpe: inundaron la universidad con calcomanías que replicaban una señal que había en la puerta de los ascensores de la Torre Siete:





—¡Ah!, ya recuerdo... Esta cabeza mía...

La expresión del rostro y el tono de voz le cambiaron. Entramos en lo que podría llamarse una conversación normal. Estiró el brazo, yo extendí el mío y nos encontramos en un saludo de presentación. Nos dijimos los nombres.

Su piel áspera y callosa me sorprendió, las manos parecían más de campesino que de profesor. En la cara, justo enfrente mío, descubrí unos ojos que me parecieron los más dulces que jamás hubiera visto. Eran pequeños y en el iris había un río: vi su caudal venir hacia mí y me pareció que su corriente podría desbordarse. Le solté la mano y saqué mi mirada de allí. Cerré el morral y lo colgué en mis hombros.

Me pidió el teléfono para ponerme al tanto de cualquier imprevisto, al fin y al cabo yo era el puente de comunicación entre mis compañeros y él. Para eso eran las monitoras.



Valoración social

Sin factores de riesgo psicosocial

Escalas de geriatría

Índice de Barthel: 100/100

Escala de Lawton previo: 14 0 0 0

Escala de Lawton actual: 7 0 0 7

Problemas geriátricos o IES: 4

Yesavage geriatría: 13 / 15

Escalas de psiquiatría

Yesavage psiquiatría: 13 / 15

Hamilton: 15

Columbia: 7

Escalas de neurología

Minimental: 28 / 30

Haschinski: 4

Valoración neuropsicología

Queja subjetiva de memoria del paciente: 12 / 45

Queja subjetiva de memoria del familiar: 10 / 45



El Ilusionista nos puso a hacer un ensayo a partir de dos textos de Estanislao Zuleta. Durante mi carrera escribí mucho, pero todo se limitaba a eslóganes, cuerpos de texto, estrategias creativas y *briefs* que teníamos que hacer para cada una de las campañas. Un publicista jamás habla, su voz es siempre la del anunciante. En cuatro años y medio nunca nos habían pedido que dejáramos ver lo que pensábamos y mucho menos lo que sentíamos. Esta era la oportunidad para hacerlo. La sola idea me llenó de emoción.

Al llegar a casa me cambié los *jeans* por una sudadera, me quité el *top* y los zapatos y recogí mi pelo enmarañándolo con un lápiz. Estaba lista.

Si al empezar los textos de Zuleta entré en un frenesí, al terminarlos parecía en trance. No tenía muy claro lo que iba a hacer, pero tampoco quería planearlo: me dejaría llevar. Extendí un pliego de papel en el suelo, tomé el primer lapicero que encontré y lo puse en el centro de la hoja. Dejé correr el pensamiento y la tinta libremente como si estuviera dibujando con las letras:



EN EL JARDÍN me enseñaron a no salirme de la raya cuando pintaba. Me enseñaron a dibujar: así se hace un sol, así una casa, así un árbol, así una nube. Me enseñaron juegos, canciones, figuras geométricas. Me enseñaron a usar la regla que ayuda a que las líneas queden “mejor”.

Miré el trazo que había dejado: el texto era apenas una pequeña serpiente. Escribía moviendo el papel unas veces y otras, moviéndome yo. Sentí la feliz nostalgia que aparece cuando nos encontramos con algo que amábamos mucho y a pesar de todo lo habíamos abandonado. Continué:

EN PRIMARIA me enseñaron las reglas de escritura. Para ello era requisito indispensable ¡hacerles márgenes a unos cuadernos que ya las tenían! Había que elegir un color de lapicero para escribir: o azul o negro. Los títulos debían ir siempre en rojo. Las letras había que ponerlas justo sobre el renglón, ni más arriba ni más abajo. Las frases no podían ser ondulantes porque se consideraban “torcidas”. Repetíamos incansablemente frases sacadas de libros “Mi mamá me ama”, “Mi mamá me mima”, jamás oraciones inventadas por nosotros. De ahí que muy pronto perdiéramos la capacidad para inventar oraciones o frases y, acto seguido, la capacidad para crear el mundo. Las planas de escritura se hacían en un cuaderno doble línea para que aprendiéramos las proporciones de las letras y no las hiciéramos muy grandes o muy pequeñas; tenían que ser parejas y uniformes, al igual que nosotros. Me enseñaron a no tachar. Con las malas calificaciones resultado de los tachones, aprendí que no podía equivocarme, pero como aquella tarea parecía

imposible de cumplir, aprendí (al igual que mis compañeros) a esconder los errores, los olvidos y las distracciones: me volví experta en camuflar los rasgos más humanos. Pensaba que al entrar al bachillerato la enseñanza estaría más centrada en la vida y no tanto en reglas que, si bien a veces parecía necesario conocer, por lo general resultaban poco útiles por fuera del salón de clase. EN EL BACHILLERATO aprendí que cada colegio era poseedor de la VERDAD, una verdad en mayúscula sostenida y en singular, una verdad que, paradójicamente, cambiaba según la institución. Tras una excursión por cinco colegios supe que cualquier cosa podía ser sancionada o pasada por alto: asistir o no a misa, llevar la falda por encima del límite establecido (que variaba según el colegio, así como el castigo por infringir dicha medida), comer chicle, hablar de determinada forma, no querer salir al patio en las horas de descanso, leer en clase, decir lo que uno opinaba, pintarse las uñas, llevar el pelo suelto, escuchar determinada música, no estar de acuerdo con lo que decía algún profesor... Esto por no hablar de lo que veíamos en las clases, en donde, como diría Zuleta, para explicar la vida se tenía el cuidado de emplear el tablero, pero no el pensamiento. Salvo contadas excepciones, “el aprendizaje no estaba motivado por el deseo de saber algo que se nos había hecho necesario, inquietante, interesante, o por la solución de una incógnita que nos conmovía, sino por la nota, la promoción, la competencia, el miedo de perder el año y ser regañado” (Zuleta, 1978).

Ahora, el texto parecía un hilo desenrollado sobre el papel, una hebra larga formando un camino que llevaba al lector a un recorrido nunca recto del todo, curvo a veces y, sobre todo, laberíntico.



Matilde puso sobre la mesa una bandeja llena de costillas de cerdo.

–Mmmmm, huele rico, madre –dijo Caliza, antes de probar.

–Y sabe mejor de lo que huele –agregó Karina cuando mordió la primera costilla, con los dedos untados de grasa.

La sazón de Matilde, como siempre, los había llevado a comer desenfrenadamente. El sabor de la comida de la casa era tal vez lo que más extrañaban las hijas desde que se fueron a estudiar a otra ciudad. Los padres, en cambio, extrañaban otras cosas, extrañaban la bulla y la alegría que se tomaban el apartamento cuando las hijas llegaban.

Pocos ruidos en ese instante, algo raro para las hijas, que tenían el lejano recuerdo de que aquella mesa no se caracterizaba por el silencio. Esa había sido la imagen que se habían llevado cuando se fueron. Gildardo miró hacia la cocina y como era de esperarse, arremetió con la voz amplia que ponía cuando quería robarse la atención.

–¿Ustedes saben cómo pide unas tijeras un mudo?

Con la boca llena, Karina imitó el movimiento de unas tijeras con los dedos índice y corazón, que acababa de limpiar con una servilleta.

–¿Cómo? –preguntó Matilde, asomándose por encima de la puerta de vaivén de la cocina para poder ver.

Karina repitió la mímica. Gildardo tomó un sorbo de leche, se limpió la boca con la servilleta y asintió con la cabeza para continuar con lo que parecía un juego fácil.

–Y ¿cómo pide un ciego un cigarrillo?

Otra vez Karina se llevó los dedos hasta la boca como si sostuviera un cigarrillo. Acompañó el gesto aspirando y haciendo como si botara el humo. Mientras Karina terminaba de desocupar los pulmones,

Gildardo corrió a decir que no, que el ciego sencillamente dice: “Deme un cigarrillo, por favor”.



Me recosté sobre el papel y me llegó hasta las mejillas el frío de la baldosa. Me sentí envuelta en la maraña de palabras que había dibujado. Como no quería dilatar más el final de mi trabajo, levanté la cabeza, cogí el lapicero y escribí inmediatamente después de la cita de Zuleta.

EN LA UNIVERSIDAD, durante el año que estudié Derecho en una prestigiosa universidad de Bogotá, los honorables magistrados me enseñaron la arbitrariedad, la petulancia y la discriminación. En la primera semana de clases se nos dijo que aquella era la “única” Facultad de Derecho del país y un profesor se atrevió a llamar a todas las otras, “Facultades Pinocho”. Todo esto ocurría en el micromundo del aula de clase, donde hice un curso intensivo para convertirme en una persona injusta, elitista y excluyente. Curiosamente, muchas de las acepciones de la palabra *Derecho* están asociadas al término *justicia* y suele pensarse que dicha carrera está en el grupo de las Humanidades; creo que esta falsa creencia fue la que me hizo pensar que quería ser abogada. Mi paso por la Academia me mostró que “No se puede respetar el pensamiento del otro, tomarlo seriamente en consideración, someterlo a sus consecuencias, ejercer sobre él una crítica, válida también en principio para el pensamiento propio, cuando se habla desde la verdad misma, cuando creemos que la verdad habla por nuestra boca” (Zuleta, 1980). Me retiré de esa universidad en la que aprendí a



desconfiar de las leyes y de los eminentes profesores, muchos de los cuales ocupan hoy los más importantes cargos del país. Después de haber pasado por ocho colegios, dos universidades y un jardín infantil, hoy sé que de quienes realmente aprendí fue de todas esas personas que de una u otra forma compartieron aquellos espacios conmigo, “cada uno fue para mí como un pueblo entero. Ese Otro inmenso me ha permitido encontrarme a mí mismo más de lo que hubiera querido” (Blanchot). No importa si fueron profesores o estudiantes, señoras del aseo o porteros, mascotas o rectores, porque “Lo que se convierte en instrumento nuestro, lo que nos ayuda a pensar y ver el mundo y a nosotros mismos de manera diferente nunca se olvida, como no se olvida el idioma en que hablamos. Olvidamos lo que no podemos integrar a nuestro ser” (Zuleta, 1978). Si hiciera este mismo ejercicio con lo que he aprendido de ellos, no me alcanzarían el papel ni la tinta para contarlo. Gracias a todos esos personajes me uno a Zuleta (1980) diciendo que hoy “puedo valorar positivamente el respeto y la diferencia, no como un mal menor y un hecho inevitable, sino como lo que enriquece la vida e impulsa la creación y el pensamiento”.

Después del recorrido de la tinta por la superficie de la hoja, la última palabra se encontró con la primera: la forma misma que se había dibujado en la superficie me había dictado el final. Toqué el papel con la punta del esfero para marcar un punto aparte.

Usé como renglón uno de los lados del papel para escribir la bibliografía y mi nombre. Me levanté y desde los ciento sesenta y seis centímetros que me regalaba mi estatura, tuve una panorámica del escrito que me dejó ver su parecido con una huella digital ampliada.

Doblé el pliego, lo metí entre una carpeta y lo guardé en mi morral.



Matilde espera a Aidé sentada en la cama. Se sostiene de la mesa de noche. Mira la foto de sus hijas abrazándola en alguna Navidad. Los rostros de estas dos mujeres serán siempre para ella los rostros de unas niñas. No entiende por qué, luego de tantos años bajo su cuidado, después de haber vivido en su vientre, quieran hacer una vida propia en la que ella pareciera no tener cabida. Lo piensa a pesar de haber sido ella quien les inculcó el deseo de independencia y de libertad. Es cierto que admira que vayan en busca de sus sueños, pero se trata de una admiración ciega y resignada. ¡Los sueños de sus hijas difieren tanto de los suyos!

–En media hora viene la terapeuta de lenguaje –dice Aidé al entrar y se arrodilla junto a la cama para ponerle las medias–. Ayúdese un poquito para que nos rinda, Matilde.

Incorporada de nuevo en el lugar que se ha vuelto su casa, Matilde estira los pies hacia el frente para que las medias entren fácil. Luego estira los brazos para que su hermana mayor le ponga el sostén.



Cada semana, cada mes, cada año y cada instante pasan cosas en la vida de Matilde que replantean la perspectiva, los sucesos o el tiempo de esta historia.

Aquí nada está escrito aunque vaya a estarlo algún día. No hay ruta previa. Lo que la escritora pretende fijar con letras es tan incierto como seguir huellas en arena movediza.



Examen físico

Paciente alerta, orientada, con lenguaje fluente. Comprende y obedece órdenes, colaboradora, con habla diártrica, con oftalmoparesia dada por pobre parpadeo, alteración de movimientos oculares, sacadización al seguimiento lento en plano horizontal. Hay limitación importante para la movilización ocular en plano horizontal y vertical. No logra hacer supravversión e infraversión, mejora levemente con oculocefalgiros; sacadas hipométricas en plano horizontal y vertical, pupilas isocóricas normorreactivas. Hay recortes campimétricos, reflejo nauseoso izquierdo disminuido. Se encuentra fuerza muscular 5/5 en 4 extremidades con hiperreflexia generalizada, sin clonus, no Hoffmann ni Babinski, tono normal, no hay temblor, facies inexpresiva, bradiquinesia, marcha de pequeños pasos con aumento del polígono de sustentación, tronco inclinado hacia adelante y lado derecho, dificultad para los giros, pruebas de coordinación alteradas. Disdiadococinesia bilateral, Romberg negativo.



Matilde Díaz camina lento, muy lento, en un mundo que no se detiene, en un mundo en donde hay que avanzar, cuanto más rápido, mejor. Pero cuando se va muy rápido solo se puede correr. Resulta muy difícil pensar en medio de la velocidad, solamente hay tiempo para reaccionar. Pocos se preguntan para dónde van, cuál es el destino de una jornada tan difícil que tiene por duración toda una vida. Matilde no ha sido la excepción. Solo ahora, en medio de este ralentí, Matilde podría plantearse estas cuestiones. De todas

formas, no lo hace. La desaceleración de su vida no fue una decisión voluntaria, si por ella fuera, seguramente correría. Pero no puede. Entonces, solo observa. O no, ni siquiera, prefiere no observar, no ver cómo el mundo avanza mientras ella está tan quieta. Preferiría correr para escaparse. Tampoco puede. Y mientras más días, más difícil le resulta montarse en ese tren, en esa estación que no se detiene. Todo se le escapa ahora. Pero antes, cuando corría, ¿no se le escapaba también?



Al final de la clase el Ilusionista puso sobre el escritorio una montaña con los trabajos calificados. Me pidió pasar las notas a sus planillas y después devolver los ensayos a mis compañeros. Estaba ansiosa por saber qué le había parecido mi trabajo. Un par de días atrás me lo encontré en un corredor y me dijo que se había levantado antes del amanecer a leerlo y que le había parecido una invitación a danzar. Me dio las gracias y siguió su camino excusándose porque tenía afán.

Esperé hasta que todos salieran del salón para revisar mi trabajo. Lo desdoblé esperando no sé qué. ¿Qué encontré?: ni una sola palabra, ni un comentario, solo un cinco en una esquina con tinta azul. Guardé todo. Fui a la terraza, pedí un *espresso* y me senté en una esquina, en el suelo, lejos de la barra y de las mesas. Alcé la mirada hacia Monserrate, una nube envolvía el cerro. El viento me obligó a ponerme la chaqueta. Cogí el vaso de cartón con mis dos manos y lo acerqué para sentir el olor a café. Estaba aspirando el vapor cuando escuché que me llamaban. Era la voz de Milena. La busqué con la mirada. Milena fue mi compañera inseparable durante la



universidad. Ambas teníamos el mismo apellido, presentamos juntas la entrevista de admisión y desde entonces siempre estuvimos en el mismo curso. Nuestra amistad se construyó alrededor del espacio académico y del gusto por el cine y la fotografía.

Se paró a mi lado. Con sus grandes ojos verdes cubrió todo mi cuerpo y me habló con la alegría que iluminaba siempre su rostro.

—¿Cómo te fue en el trabajo de Ética?

Le respondí con un “Bien” solitario, sin adverbios. Sonaba rara tanta parquedad de mi parte (hasta yo lo notaba), por eso evadí su mirada clavando los ojos en su mochila, que acababa de poner junto a mis piernas. Preguntó si me pasaba algo y se sentó a mi lado dispuesta a escucharme. Le respondí con más evasivas y, para evitar caer en un tema que no quería tocar, opté por hablarle de su ensayo. Le dije que la forma en que había incluido sus fotografías en el escrito me encantaba porque decían más incluso que el propio texto. Pero antes de que yo pudiera continuar con mis elogios, me confesó que se moría de curiosidad por ver mi ensayo. Milena y yo solíamos hacer todos los trabajos juntas. Compartíamos todo. No tenía ninguna excusa para no dejárselo ver, así que claro, le dije que sí, ¿por qué no? Cuando empecé a buscarlo en mi morral, Milena me pidió que la esperara mientras iba por un capuchino.



Aidé lleva las sábanas que Graciela acaba de planchar para guardarlas en el clóset. Al pasar por la sala escucha la voz de Matilde enredada en un llanto que podría llevar horas y que se ha vuelto un quejido seco. “¿Qué le pasó?”, le pregunta Aidé, acercándose al sillón desde el que Matilde balbucea una frase incomprensible.

“¿Al baño? ¿Quiere que la lleve al baño?”, Matilde niega con la cabeza. “¿Se quiere acostar? ¿La llevo al cuarto?”, Matilde musita otro no y señala al frente. “¿El televisor?”, esta vez sonrío y con la escasa movilidad que el estado actual de sus músculos le permite, mueve la cabeza para asentir.

Aidé la acompaña con la risa y, con el control remoto, sintoniza el canal preferido de su hermana. Mientras le sube el volumen, en lo que parece un reproche lleno de cariño, le dice a Matilde “¡Pero hable, hable que usted es capaz de hablar, deje los mimos, señorita!”.

Ambas ríen. Se ha vuelto como un juego. Un juego que preferirían no jugar.



Trae TAC cerebral simple del año 2007 que evidencia atrofia del tallo, en particular del bulbo y puente. Se observa atrofia cerebelosa sin compromiso cortical. No se observan alteraciones a nivel supratentorial. Se considera el trofismo cortical normal.

La escanografía cerebral de control de 2008 evidencia la misma atrofia de tallo y cerebelo y ahora, además, signos de atrofia del lóbulo temporal izquierdo.



Abro el ensayo y como por arte de magia descubro por el reverso de la hoja unas palabras escritas en tinta azul, con letra clara y achata-da. Me impresionó no haberlas visto antes. Leí impaciente, con mi pulso acelerándose en cada renglón:



*Me alegra saber que allí,
en ese entonces, fui grillo;
y que de brizna en brizna creé el mundo;
que como una libélula ligera hice nacer bajo mis alas
el viento y la esperanza;
que como árbol majestuoso inventé el arriba y el abajo,
porque en mi deseo logré asir, con la fuerza de mi pecho,
los mundos que pactan y se buscan.*

*Me alegra saber que fui volcán,
el abismo insondable que hace presentir el corazón del mundo,
la fuerza mayestática de la locura;
y que como niño asombrado permití
al tocar las piedras en la arena
que entre mis brazos naciera la ternura.*

Busqué a Milena. Estaba en la barra haciendo su pedido. No quería que se enterara, tal vez porque no sabría cómo explicar lo que estaba ocurriendo o porque no entendía del todo qué era lo que estaba ocurriendo o porque en realidad no estaba ocurriendo nada. Solo quería terminar de leer antes de que ella volviera.

*Me alegra saber que allí,
en ese entonces, fui también tú,
hacedor de la ebriedad y de los secretos,
sátiro del bosque,
protector de los arcanos,
de los sublimes sueños,
guardián de las criaturas encantadas,
guerrero desnudo que buscó la otra orilla,*

*aquella donde habita en el fuego
perpetuamente
una luz imperecedera.*

(Palabras que brotan del corazón de la tierra)

Milena volvió con su capuchino. Le mostré mi trabajo teniendo cuidado de que no lo viera por el revés. Retomamos la discusión sobre su ensayo. Por fin salió el sol, tanto, que tuvimos que buscar la sombra.

A partir del intercambio de escritos se dio una atípica complicidad entre el Ilusionista y yo. Las palabras que trazamos en el papel se cruzaron hasta anudarse. Luego los cuerpos se juntaron, siguiendo el recorrido azaroso e indescifrable con el que se forman ciertos nudos.



Los domingos, los esposos salían temprano. Cada uno por su lado. Por lo general, a Matilde se le hacía tarde. Se encontraban en la misa. A veces, la casualidad (o el descuido) hacía que se sentaran cerca. Se daban la bendición, rezaban, comulgaban, muy de vez en cuando se confesaban, pedían perdón, se persignaban, daban las gracias y cuando el padre decía “Daos fraternalmente el saludo de la paz”, se daban la mano y pronunciaban “La paz sea contigo”, sin cruzar siquiera las miradas.

Se volvían a encontrar en la casa. El almuerzo servido, el tinto en la cocina, el periódico en el sofá, la sección del crucigrama en manos de Matilde. Lo de cada fin de semana.

Pasado el medio día, Gildardo se sentaba en la sala para hojear *El Tiempo* y enterarse más a fondo de lo que ocurría en el país. Periódico abierto. Ojos deslizándose por las noticias:



...el jefe de informática de la policía secreta del Gobierno, Rafael García, borraba antecedentes de narcos y de 'paras'. Ocho meses después, su director, Jorge Noguera, renunció tras enfrentarse a varios subalternos que insistían en la infiltración 'para' en el DAS...

Una vez su esposo quedaba oculto entre las hojas del periódico, Matilde se adueñaba del comedor. Y, lápiz en mano daba inicio a su más preciada rutina dominical:

Incurrido error u ofuscación, lee entre labios.

PADECER, escribe.

Hija del caos y la noche, lee mentalmente.

No está muy segura de si es Destino. Intenta escribir en el aire la palabra mientras vocaliza cada sílaba en un susurro. Sonrisa de satisfacción.

DESTINO, escribe ahora con el lápiz.

Gildardo masculla algo en voz baja. Tiene la costumbre de hablar con el periódico, de pelear con los columnistas o celebrar con ellos, según el caso. Lee atento:

...Buena parte de ese dinero será para 'Rojas', el guerrillero que hace una semana mató a 'Ríos' y le cortó la mano derecha para entregarla como prueba de identidad...

Parálisis, lee Matilde.

Esa salió la semana pasada, ¿cómo era?... Dice en voz baja. Cuenta las casillas y luego prueba en el aire para cerciorarse de que no falten ni sobren letras. Sí, sí es.

Lee otra vez *Parálisis* y escribe ACINESIA.

Disensión o enemistad, lee.

Cuenta seis casillas. Ni idea. Hace memoria. Intenta. Sus opciones superan el número de letras. Entonces prueba con las verticales. Lee unas cuantas más. Escribe, descarta y, de pronto, dirigiéndose hacia la sala, dice en voz alta:

–*Faja con que se asegura la silla sobre la cabalgadura.*

–¿Con que se asegura qué? –pregunta Gildardo sin dejar de mirar el periódico.

La voz que habla desde el comedor repite la frase. Gildardo mira hacia la ventana, arrugando los ojos, como si así pensara mejor. Varios segundos de silencio.

–¿No será la cincha? –dice alzando levemente la cabeza.

Matilde prueba en el aire, letra por letra: C-I-N-C-H-A.

–Sí, sí es. Gracias. –CINCHA, escribe.

Gildardo vuelve a una noticia de la sección de Economía que se ha robado toda su atención.

Las estadísticas, al ritmo de Uribe. El crecimiento de la producción industrial es lento según el Dane, pero al presidente Uribe le parece “arcaica” la forma de hacer esas cuentas. Hoy el Dane avanza en un cambio en la muestra para hacer la medición... El Dane calculó en 66 por ciento la pobreza para el 2003. Se hicieron cambios en la metodología y en un nuevo cálculo dirigido por el exviceministro de Protección Jairo Núñez se encontró que la pobreza ese año era de 50,7 por ciento y ahora es de 49,2 por ciento.

Levanta la cabeza. Mira de reojo al comedor para comprobar que Matilde lo está escuchando y como lanzando al aire las palabras, dice:



–Si yo me como un pollo y usted aguanta hambre todo el día, según las estadísticas cada uno de nosotros se comió medio pollo.

Cuando termina de hablar levanta el periódico hasta ocultar su cara por completo detrás de las hojas. Se oye la risa de Matilde en el comedor, una risa genuina que solo Gildardo logra arrancarle y que no puede disimular. Gildardo pasa la página y lee con atención el anuncio publicitario que ocupa media página:





Y antes de leer el siguiente artículo repite entre labios: “más de ese no sé qué, que te hace sentir en casa”.



No es fácil encontrar un tiempo verbal para hablar de Matilde. Apenas ayer vivía con la ilusión puesta en el futuro esperando el tiempo en el que habrían de cumplirse sus sueños. Hoy, el pasado le resulta imposible de agarrar, es viscoso, nunca sólido. Lo único inmutable y coagulado es el presente.

Matilde empalagada de segundos que marchan unos tras otros, amontonados y torpes, armando minutos enfilados hasta hacerse horas que crecen, pegajosas, para al fin convertirse en días. La vida en general avanza mientras su vida en particular se va deteniendo.

Es así como ocurre. Justo cuando se creían sepultadas las Matildes que un día fue, nace otra Matilde a la que todos deberán acostumbrarse. Una que, aunque es la misma de siempre, cada vez está más lejos de la que fue.

Y para el día en que el lector lea estas páginas habrá más que un cuerpo, más que los murmullos y estruendos de su peso, más que los gemidos y sonidos de su roce con el exterior. Para ese entonces, ya se habrán elegido los tiempos verbales que contarán la historia de Matilde Díaz.



Me había librado de trabajar haciendo anuncios, pero no de estar vinculada a la publicidad. En el año que duré escribiendo mi tesis no paré de pensar sobre lo que era y lo que sería de mí. Después de

darle muchas vueltas, concluí que el problema estaba en que yo no era más que una simple espectadora de mi vida. Había llegado el momento de entrar en el escenario. Eso hice.

Llevaba un poco más de tres años en el papel de profesora universitaria. Mis condiciones no estaban nada mal: tenía un sueldo con el que vivía holgadamente, un trabajo que me permitía flexibilidad en los horarios y la oportunidad de ser remunerada por profundizar en algunos de mis intereses intelectuales. Me quedaba tiempo para leer, para compartir con mi pareja (el Ilusionista) y mis amigos y para consumir gran parte de la oferta cultural de la ciudad.

La cosa iba tan bien que terminé acomodándome y aunque podría pensarse que la comodidad es una condición deseable, puede ser la peor trampa que se ponga uno a sí mismo.



Matilde abre y cierra los ojos intentando aliviar la resequead que en los últimos días ha empeorado. Lleva su mano derecha al rostro. Con un movimiento brusco se rasca el ojo izquierdo hasta irritarlo: la córnea comienza a lastimarse.

Con los ojos irritados y la mirada rígida Matilde observa a Jacobo, el hijo de su sobrina Nadia, que ha llegado de visita. Inclina la cabeza hacia abajo para ver los pasitos torpes e inquietos del niño. Contempla sus tropiezos, sus caídas y su rápido levantar el cuerpo para seguir la marcha. Jacobo va adonde Matilde, le abraza la pierna y sube la cabeza hasta verle la cara. Le grita los sonidos que apenas logra balbucear. Se le escurren las babas. Se ríen. Le suelta la pierna y de nuevo se tambalea por la sala. Matilde lo sigue con la mirada.



El tiempo no se dejó ver mientras pasaba.

La salud de mi abuela empeoró y tuvo que irse a vivir con mi tía Francy. Se secó el almendro que quedaba frente al edificio en el que crecí, le cortaron todas las ramas, y dejaron solo un tronco que remeda a una jirafa fosilizada. Mamá se pensionó, su último día de trabajo botó a la basura todos los libros de Derecho que tenía en casa. Me mudé a La Calera a una pequeña casa de campo en donde terminé de escribir mi tesis de grado. El 26 de diciembre de 2004 circularon millones de veces por las pantallas del mundo las imágenes aterradoras de una ola gigante que cubría una ciudad:

Ese día se produjo un terremoto a cuatro mil metros de profundidad en el océano Índico, a unos 260 kilómetros al oeste de la costa de Aceh (Indonesia), que llegaría a los nueve grados de la escala Richter. Este sismo produciría una cadena de tsunamis que borrarían literalmente del mapa islas, playas y poblaciones, que quedaron sumergidas en una densa capa de lodo, agua y cerca de 300.000 cadáveres. La onda expansiva de las olas afectó a Indonesia, Tailandia, Sri Lanka, India, Bangladesh, Burma, Malasia, Islas Maldivas, Somalia, Kenia, Tanzania y las Islas Seychelles.

Ese mismo año, meses atrás, los colombianos reeligieron al presidente de la república, habiendo modificado para ello la Constitución Nacional de 1991, el documento que tanto le costó al país. En Albania, la avenida 19 se llenó de conjuntos residenciales y la pequeña ciudad en que nací empezó a perder gran parte del verde que la caracterizaba. Mi cuerpo, por su parte, perdió peso sin ninguna

causa aparente. Conseguí trabajo como profesora de retórica en una facultad de publicidad. Debido a los seis kilos que bajé, me vi obligada a renovar mi armario y buena parte de mis primeros sueldos terminaron allí. No alcancé a completar un año en la casa de campo cuando me fui a vivir con el Ilusionista sobre la avenida Park Way, un lugar que me había embrujado desde que llegué a Bogotá. Reemplacé la vista de mi ventanal en La Calera por altos urapanes.

En Bogotá continuaron ampliando el Transmilenio, inauguraron la troncal Suba y abrieron el conector de la calle 80 con autopista Norte. Mi hermana se fue a Berlín a hacer su maestría en Estudios Culturales. Papá dejó este mundo sin avisarnos y, a juzgar por la expresión placentera de su rostro, sin sentir dolor. Mi abuela estuvo en el hospital más de un mes, un mes en el que nuestra numerosa familia invadió pasillos y salas de espera. Cuando la abuela parecía recuperarse de su fractura del fémur, una infección respiratoria se la llevó en cuestión de horas. Mi madre no lloró cuando le dieron la noticia, no fue capaz de hacerlo y durante un buen tiempo se sintió molesta y confusa con una reacción que no dejó de parecerle ajena.

Año tras año Harold Pinter, Orhan Pamuk, Doris Lessing y Jean-Marie Le Clézio ganaron, en su orden, el Premio Nobel de Literatura. Me nombraron coordinadora de investigación de la facultad en la que trabajaba. Mi hermana volvió al país con novio bogotano, un filósofo como ella, dedicado a los estudios del siglo XIX en Colombia. Mi romance con el Ilusionista se acabó de la misma manera que empezó: un día cualquiera la cosa parecía no tener salvación y entonces, con la destreza propia de un mago, desapareció de mi vida. Gracias a la Mujer elástica supe que el Ilusionista estaba en México haciendo su doctorado (ni siquiera quise preguntar sobre qué). En la carretera principal que conecta al occidente de



Colombia con el centro, se terminó el túnel piloto de La Línea y se dio inicio al túnel que hará más corto el viaje de Albenia a Bogotá (también se espera que disminuyan los accidentes que ocurren en el alto de La Línea). Pasaron años de un verano agónico y otros de lluvias incontrolables, consecuencia de los fenómenos de El Niño y de La Niña. Nunca, desde el terremoto de Albenia en 1999, había sido consciente de que el mundo se moviera tanto. Mamá decidió venirse a vivir a Bogotá.



Hallazgos

Durante la evaluación neuropsicológica se encontró una paciente alerta, atenta, colaboradora y orientada en espacio, persona y tiempo.

Funciones ejecutivas

A través de una prueba de refranes y semejanzas se encuentra una paciente con adecuada comprensión y abstracción, aun cuando las funciones ejecutivas o la acción del pensamiento deberán evaluarse a la luz de la profundización de las mismas para aclarar diagnóstico de la presencia de un compromiso frontal.

Praxis

Las funciones visuoespaciales evaluadas a través de la copia de figura de REY, evidencia una adecuada reproducción de diseños en dos y tres dimensiones con buena organización visoespacial, pero con dificultades en la organización de la figura.



Acababa de salir del comité de investigación que se llevaba a cabo los últimos viernes de cada mes. Nada en la vida me ha tensionado tanto como aquellas reuniones en las que debía pasar un informe de gestión de mi labor y la de los investigadores que tenía a cargo. El estómago empezaba a dolerme desde el lunes y el dolor llegaba a su clímax en medio de la reunión. Mis jefes jamás quedaban satisfechos, para ellos siempre había algo que andaba mal. Estaba pues cansada de una jornada de mierda y tenía que salir volada a dictar mi clase de las once de la mañana.

Antes de subir al salón entré al baño. Allí, sobre la baldosa blanca y deteriorada, había algo muy pequeño que no pude identificar. Di tres, cuatro pasos, me agaché y me encontré con un cucarrón patas arriba. Un ser atrapado en su caparazón, imposibilitado para salvarse. Unas patas que se movían, se movían y se movían. No paraban de moverse. Unas patas que pedían auxilio.

Me pareció una imagen fuera de lugar.

¿Cómo habrá llegado aquí? ¿Qué tuvo que hacer para quedar en esa posición? Estiré el dedo meñique. Sus patas me tocaron la yema del dedo. Retrocedí la mano. Si yo no estuviera aquí, si no me lo hubiera encontrado, ¿moriría así, patas arriba, inevitablemente? O pisado por alguien, seguro. La suerte del insecto. La suerte del cucarrón.

Lo volteé. Cucarrón incorporado y perdido, cucarrón extraviado, cucarrón que huye para continuar la vida. Lo puse en la palma de mi mano. Bajé las escaleras, salí del edificio, fui hasta el antejardín y lo dejé allí, entre el pasto.

Vive, pequeño. Anda, ve, Gregorio Samsa, le dije en voz baja, como si creyera que de verdad podía escucharme.





Matilde no quiere mover un solo dedo desde que vive en casa de Aidé. Estira los brazos para que la vistan. Lloro cuando le piden que ponga de su parte. Dispone su cuerpo para que la muevan, la sienten, la acuesten, la lleven, la traigan.

Ni una queja sale de su boca. Ha optado por no decir. Ni un auxilio, ni un reproche, nada más que un gran silencio.



Lenguaje

Lenguaje con prosodia comprometida, dificultad en la articulación aunque gramaticalmente correcto. La comprensión de instrucciones, tanto sencillas como complejas, se encuentra conservada. Ausencia de parafasias de tipo fonológico o semántico.



En la puerta del salón miré la hora: ocho y diecisiete de la mañana. Entré. No hice intento alguno por ganar la atención de los estudiantes. La bulla era tal que ni siquiera saludé. Me senté en el escritorio y saqué la hoja que traía en el bolsillo. Por esa época, la mayoría de las ideas se me aparecían en lugares no propicios para la escritura, por lo general en el transporte público; acababa de ocurrirme en el Transmilenio y como últimamente me entrenaba en el oficio de capturar mis palabras, había bosquejado una especie de instantánea, o más bien, un rayón medianamente legible que me dispuse a pasar en limpio. Tan solo me tomó unos minutos.

Pronto, el salón quedó en silencio. Era yo quien no quería empezar la clase. Los miré de esa curiosa forma en la que se aprende a

plácida / ondulante
línea

¿Volarán mis letras algún día como tú?



abarcas a todos los estudiantes cuando se es profesor e improvisé:

–Tienen las dos horas de clase para hacer un caligrama. Es un ejercicio individual. Pueden ir a la biblioteca o a la sala de cómputo o a donde necesiten ir para investigar sobre caligramas. El que lo termine, lo entrega y se va. Para la próxima clase vamos a hablar sobre las relaciones entre los caligramas y la publicidad.

Volví al escritorio, saqué *El tiempo recobrado* y me sumergí en él. Página, tras página, tras página, llegué a una zona que no tenía nada que ver con la casa del príncipe de Guermantes en la París de inicios del siglo xx desde la que Marcel sintió recobrar el tiempo perdido. Tuve la sensación de asir un poco de tiempo en estado puro, pero no se trataba de tener el pasado entre las manos, sino más bien el futuro. Dejé de escuchar el ruido que, poco a poco, había vuelto a invadir el salón. Nada habría logrado distraerme en ese instante. Y con esa inexplicable claridad que solo tienen los sueños o las alucinaciones, me vi como si fuera el personaje de una historia,

barajando retorcidas soluciones para su novela, que no era, con claridad, una novela, sino más bien un libro de recortes o anotaciones. No quería, en verdad, escribir una novela: simplemente deseaba dar con una zona nebulosa y coherente donde amontonar los recuerdos.

Esa tarde fui al centro con la firme decisión de buscar una libreta. La quería pequeña, bonita y de páginas suaves. En Ricardo Corazón de Papel, el taller de encuadernación más encantador de Bogotá, compré la que sería mi primera libreta de anotaciones. Volvería allí por la segunda, la tercera, la cuarta y así, hasta perder la cuenta.



Alguien le dijo alguna vez que son los libros los que lo buscan a uno y no viceversa. ¿Ocurre también con los que uno escribe?

No había historia al principio. Primero fue el impulso, la sensación. Y mucho antes estaba la vida. ¿De qué si no de vida están hechas las ficciones? Se pregunta qué la ha llevado a dedicar días enteros a la escritura de estas páginas. No tiene una respuesta aún. Lo único cierto es que los motivos, por más ocultos que estén, preceden siempre a la obra y habitan en ella.



No recuerdo bien el mes. Debía de ser enero porque el cielo bogotano tenía un azul profundo que alcanza solo en esa época del año. Caminaba por el Park Way. Mi madre iba a mudarse a Bogotá en un par de meses y yo le buscaba apartamento en mi mismo barrio: La Soledad. El sol se colaba vertical por entre los urapanes y los sangregados hasta formar figuras en el asfalto y hacer que los ires y venires de las sombras se convirtieran en dibujos animados por el viento.

“Tengo justo la misma edad que tenía mi mamá cuando nació”, pensé.

Y me llegó la sensación de estar caminando sobre una cadena de círculos que parecen encontrarse cada tanto. Escuché un taconear. Sonreí: a punto de cumplir 29 y no sé caminar en tacones. Alcé ligeramente la mirada y vi alejarse un vestido púrpura que hacía juego con el color de los zapatos cuyo sonido aún retumbaba.

“¿Cuándo es que va a aprender a maquillarse y a vestirse como toda una mujer?”. “Las mujeres no podemos andar por el mundo así, desarregladas”. Me parece estar escuchando a mamá. Insistía en esas frases aun cuando yo ponía todo el empeño en verme linda, luego de que me mirara al espejo y quedara enteramente satisfecha



con la imagen que este me devolvía, y entonces ella me recorría de arriba abajo sin disimular la molestia que le producía ver a la hija suya vistiéndose, moviéndose y pensando tan distinto de como ella habría querido. Lo mismo pasaba cuando me negaba a aprender cualquier receta, por simple que fuera, y entonces me decía “¿qué va a hacer cuando se case?”. Y ahí sí que me llenaba de ira y, levantando cejas y mirada, le contestaba “¿Quién le ha dicho que yo quiero casarme?”, que se olvidara de eso, que a mí no me interesaba tener esposo ni hijos ni nada que se pareciera a esa vida que no tenía idea por qué la gente deseaba, que mis sueños eran otros, que no tenía por qué llenarme la cabeza con las mismas cucarachas que se la habían llenado a ella. Quería decirle siempre muchas cosas más, pero me guardaba los comentarios que sabía que iban a escandalizarla y a hacer que la discusión terminara en tragedia. Salía de la cocina echando chispas y golpeando las puertas de vainén que quedaban como nerviosas detrás de mí, al igual que mi voz que era casi un grito cuando desde el cuarto le gritaba que mi vida iba a ser muy distinta. Desde la cocina, sin dejar de hacer el arroz o la carne o lo que estuviera preparando, me decía que algún día me iba a tocar, “gústete o no”, y utilizaba una voz expansiva para que yo alcanzara a escucharla desde mi encierro. El asunto terminaba cuando ella pronunciaba la frase fatal, que se quedaba repitiendo como si fuera un mantra:

–Algún día terminará acostumbrándose.

A través de la puerta cerrada de mi habitación oía aquellas palabras que detestaba como a nada en el mundo. Y en aquel sonido alcanzaba a sentir la desesperación de mi madre, pero sobre todo la seguridad de quien en la adultez ha tenido que asumir la posición de las grandes resignaciones.

Una bicicleta me arrancó de golpe mis pensamientos. El corazón me quedó a mil. Ahora estaba entre aturdida y enternecida al ver que quien casi me atropella era un hombre que llevaba un bebé amarrado a su pecho como un canguro. Sonó mi celular. Leí “mamá” en la pantalla.

A mis 28 años no hacía ninguna de las cosas que ella me aseguró tendría que hacer cuando fuera grande.

Contesté sin retomar la marcha. Nos saludamos, cruzamos unas cuantas palabras y me preguntó que cuándo iría a visitarla. Le dije que me quedaba imposible viajar en los próximos meses, que la búsqueda de apartamento iba bien y que cuando estuviera en Bogotá sería mucho más fácil para mi hermana y para mí pasar a saludarla. No recuerdo bien de qué otras cosas hablamos, pero, a diferencia de muchas otras veces, esta vez sentí en su voz algo increíblemente dulce.

Era dulce, pero también qué triste, en primer lugar por su dulzura misma, decantada casi, como muy pocas voces humanas han debido estarlo nunca, de toda dureza, de todo elemento de resistencia a los demás, de todo egoísmo; frágil a fuerza de delicadeza, parecía en todo momento pronta a quebrarse, a expirar en un puro raudal de lágrimas; además, al verla cerca de mí, sola, sin la máscara del rostro, noté en ella, por vez primera, las penas que la habían agrietado en el curso de la vida.

Por otra parte, ¿era únicamente la voz la que, por estar sola, me daba esta nueva impresión que me desgarraba? No, sino más bien que este aislamiento de la voz era como un símbolo, una evocación, un efecto de otro aislamiento, el de mi madre.



Colgamos después de decirnos adiós.



Hay días en que me resulta difícil decirle adiós a mamá. Es solo que me recuerda algunos episodios en los que esa palabra podría haber sido la última. Mi hermana y yo nos hemos despedido tres veces de ella. De mi papá, en cambio, no pudimos despedirnos.

–Es muy probable que me muera –nos decía mamá para iniciar el ritual–. Hay que tener fe, claro, y hay que rezar para que no pase, pero puede pasar y ustedes tienen que estar preparadas.

La primera vez éramos muy pequeñas, fue poco tiempo después de la separación. Yo creo que no entendíamos muy bien la gravedad de las cosas. También puede ser que no le creyéramos del todo, que no alcanzáramos a creerle. Nos sentó en la cama, una a cada lado y puso los brazos sobre nuestros hombros. Nos dio todas las recomendaciones que repetiría casi idéntico en las dos siguientes despedidas: que no nos olvidáramos de mi papá, que él era un hombre muy bueno, que estuviéramos pendientes de él hasta sus últimos días porque un hijo ingrato es lo peor que le puede pasar a un buen papá. Que si ella se moría, nosotras quedaríamos a cargo de nuestra tía Aidé. Que fuéramos buenas hijas, que teníamos que ser siempre honestas, “rectas”, decía haciendo énfasis en esa palabra y que teníamos que ser muy fuertes si llegaba a pasarle algo. Luego nos mostraba una carpeta llena de papeles y sacaba un seguro de vida, y acto seguido nos explicaba cuánto dinero nos correspondería en caso de tener que cobrarlo. Nos decía dónde estaban los billetes de lotería que aún no habían jugado y “Si se ganan alguno, tienen que guardar esa plata para el estudio en la universidad”. También insistía en que teníamos que estudiar

en Bogotá, que allá había más oportunidades, que le prometiéramos que no nos íbamos a quedar en Albenia, que nosotras teníamos que volar. A mí me sonaba raro eso de volar, pero así nos decía, “¿en Bogotá se puede volar?”, pensaba yo y me parecía muy raro, pero la seguía escuchando. Después se despedía, nos abrazaba muy fuerte, nos daba la bendición y se iba.

Pero en menos de dos meses mamá volvió intacta de su cirugía de corazón. Más vital, hermosa y elegante que nunca. Como si nada le hubiera pasado. Y así lo haría en las siguientes ocasiones. Tal vez por eso no podíamos creer que ella pudiera morirse algún día. Repitió su hazaña tres años después cuando tuvieron que reemplazarle, por segunda vez, la válvula aórtica. Quedábamos convencidas de que mamá era invencible. Ni la enfermedad ni la muerte cabían en ese cuerpo que era puras ganas de vivir y de estar con sus hijas.

Un cáncer de útero fue el motivo de la tercera despedida y si bien mamá tampoco se murió en esa ocasión, yo creo que aquella vez todas teníamos más miedo. Lloramos abrazadas durante un buen rato. Nunca más ha sucedido algo así: ni antes, ni después de ese día. Para ese momento éramos ya adolescentes y tal vez debido a la edad, que nos hacía más conscientes, o a que habíamos compartido más años de vida juntas, aquel fue un momento dolorosísimo, drástico, enfático. Esdrújulo.

Después de ese momento sentí un profundo deseo de reconciliarme con mamá. Quería quererla, así, sin más. Quería dejar atrás todos mis rencores. Después de los seis meses de excepción que fueron los meses que vinieron, en los que mi madre hizo varios viajes a Bogotá para sus quimioterapias, tenía la esperanza de que todo iba a cambiar.

Pero resulta que la gente se desnuda un día y se aventura a hablar sobre lo que nunca antes ha hablado. Se dicen lo que sienten, lo



que de verdad piensan. Luego se visten otra vez y todo vuelve a ser igual. Nunca he entendido cómo puede ser eso, cómo hacen para seguir actuando como si nada hubiera pasado después de compartir la desnudez. Pero así es y esa no fue la excepción. Ella se curó del cáncer y nuestra vida volvió a ser idéntica a la de antes. Iguales siguieron siendo mi mamá y mi hermana. Igual yo.



CLÍNICA DE LA MEMORIA
INSTITUTO DE ENVEJECIMIENTO
HOSPITAL UNIVERSITARIO SAN IGNACIO

Nombre: Matilde Díaz

Fecha de nacimiento: 09 / 04 / 1951

Edad: 57 años

Fecha de consulta: 29 / 11 / 2008

Ciudad: Bogotá

Informante/cuidador: Caliza Oropel Díaz

Parentesco: hija

Motivo de consulta

Paciente de 57 años de edad, diestra, con estudios superiores. Se desempeñó como juez de la república durante más de veinticinco años. Asiste en compañía de su hija menor, quien de manera detallada y exhaustiva complementa datos semiológicos importantes. Desde hace aproximadamente cuatro años se vienen presentando, junto a una pérdida de peso importante, alteraciones de la personalidad,

lenguaje, motricidad y conducta. En general, se puede describir que Matilde inicia con una pérdida de interés por las cosas, dificultad en la expresión del lenguaje por anomia significativa y cambios de personalidad caracterizados por irritabilidad, locuacidad, labilidad emocional, risa inmotivada e inapropiada y apatía. En los últimos meses se ha vuelto inapropiada socialmente (como por ejemplo decir aquello que primero se le viene a la cabeza), esto se acompaña de alteraciones en la realización de actos motores complejos y finos. La hija refiere que la paciente se vuelve más lenta en la marcha, le es difícil hablar con claridad, pierde la coordinación visomotora, tiene cambios en la expresión facial y le es difícil maquillarse y arreglarse. La paciente refiere que el primer síntoma que notó fue hace dos años con alteración del equilibrio, inestabilidad para la marcha, y caídas en tres ocasiones, una bajando escaleras. Hace año y medio nota dificultad para articular el lenguaje, lo cual ha venido progresando, y ahora hay sensación de fatiga al hablar, con disfagia, se atora con sólidos, líquidos y su propia saliva. Y por último, la hija nota que hay torpeza en sus movimientos, dificultad para manipular y abrir una puerta, así como para alcanzar las cosas de la alacena, además hay imprecisión para añadir ingredientes a una receta, etc. Nota disminución en general de la percepción de sabores e incluso dolores. Requiere ayuda para la realización de actividades tanto instrumentales como básicas de la vida cotidiana.

Matilde se retiró de su actividad hace cinco años; retrospectivamente, esto pudo haber sido uno de los primeros síntomas en el inicio del cambio de personalidad referido anteriormente. Hace un año la paciente empieza a vivir sola debido a que enviudó. Este período coincide con una acentuación de los síntomas, especialmente en cuanto a pérdida de lenguaje y motricidad se refiere.



Era una Bogotá soleada, de esas que aparecen en medio de una semana de lluvias. Hacía ya varios meses que mamá vivía en mi misma ciudad y desde su llegada yo no paraba de pensar en lo extraño que resultaba tener a los padres tan cerca luego de tantos años de distancia. Iba a visitarla. Unos pasos lentos y distraídos me llevaban hacia su casa, como esquivando una rutina a la que creí no llegaría nunca a acostumbrarme.

En el prado conversaba un grupo de personas. Varios perros correteaban alrededor. Un hombre en silla de ruedas avanzaba hacia mí. Me salí del camino para abrirle paso. Sentí una molestia debajo del pie izquierdo; lo levanté y encontré una piedra blanca, alargada, del tamaño de mi dedo índice. Me agaché, la recogí y probé sobre los adoquines para ver si escribía. El sonido me produjo escalofrío, pero aun así, tracé una raya. Me volteé para buscar una superficie más amplia y me topé con la mirada fija de una mirla. Contuve la respiración. Sus patas y su pico anaranjado contrastaban con el oscuro casi negro de sus plumas. Me vino la imagen de un cielo enladrillado con siluetas de montañas, la fotografía que ilustraba un trabalenguas en mi tomo preferido de *El mundo de los niños*.

*El cielo está enladrillado,
¿quién lo desenladrillará?
El desenladrillador que lo desenladrille
buen desenladrillador será.*

Aquel color del atardecer puesto en el pájaro hacía vibrar las hojas de los sangregados tumbadas en el piso. También me recordaba el



Atención

No presenta dificultad para centrar y sostener el foco atencional, más allá de una lentificación del mismo. Las tareas de secuenciación y coordinación visomotriz son ejecutadas con normalidad y las dificultades están en la organización y la perseveración de trazos. Se recomienda completar valoración completa de funciones frontales.



Ni una sola certeza. Incluso luego de tener un diagnóstico que explique sus síntomas, poco se sabe de su enfermedad.

Podemos intuir, deducir, conjeturar.

Y también es poco lo que se sabe de ella: de la Matilde de ahora, de las que ha sido y de las que será. Ni yo que narro. Ni Matilde siquiera.



Conclusión y diagnóstico por consenso

Demencia frontotemporal.

Parálisis supranuclear progresiva.

Desparalizar y retroceder: toda la fe de Matilde puesta en cambiar el orden de las cosas. O por lo menos en invertir el nombre de la enfermedad.

Ojalá fuera tan fácil como cambiar el orden o el sentido de las palabras.



–Otra vez, sor Emilia, ¿podría recitarlo otra vez?

–Veo que le gusta Rubén Darío, Matilde.

Matilde se encoge. Desde su pupitre, silenciosa y ruborizada, asiente con la cabeza. La profesora entona de nuevo el poema y lo hará por lo menos quince veces más durante el año.

*El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales*

Y vestido de rojo piruetea al bufón.

Matilde escucha atenta. Quisiera algún día aprenderlo de memoria. Practica en casa:

*Ya no quiere el teclado, ni la flor escarlata
ni el palacio soberbio que vigilan los guardas.*

¡Tener alas ligeras bajo el cielo volar!

Y el feliz caballero de los ojos azules

se ha perdido en el viento sobre el trueno del mar.

Terminado el año escolar podrá recitarlo tal y como sor Emilia lo hacía. Tendrá excelentes notas en la clase de español, su preferida durante los años en el internado. Muchos años después, Matilde recitará aquellos poemas a sus hijas, quienes nunca habrán de aprenderlos.

*¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa*

Un día, cuando Matilde crea extraviados estos versos en los cajones de la memoria, una de sus hijas se encontrará *La sonatina* en algún libro, pensará en su madre y le enviará el poema en una carta.

*¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste, la princesa está pálida)*

Pasados unos meses, aquella hija irá a visitarla y aprovechará para recitarle los versos en voz alta, tal y como Matilde lo hiciera con ella alguna vez. Al escucharlos, Matilde se deslizará por los años. Volverá a los días en los que vivir entre palabras y poesía era lo que más se le parecía a la felicidad. Recordará su niñez y podrá volver, aunque solo sea por un momento, al tiempo del que se extravió, un tiempo que ahora saluda de la mano de su hija.





CALENDARIO 2010

Enero January	Febrero February	Marzo March
L M M J V S D	L M M J V S D	L M M J V S D
1 2 3	1 2 3 4 5 6 7	1 2 3 4 5 6 7
4 5 6 7 8 9 10	8 9 10 11 12 13 14	8 9 10 11 12 13 14
11 12 13 14 15 16 17	15 16 17 18 19 20 21	15 16 17 18 19 20 21
18 19 20 21 22 23 24	22 23 24 25 26 27 28	22 23 24 25 26 27 28
25 26 27 28 29 30 31	29 30 31	29 30 31

Abril April	Mayo May	Junio June
L M M J V S D	L M M J V S D	L M M J V S D
1 2 3 4	1 2 3 4 5 6 7 8	1 2 3 4 5 6
5 6 7 8 9 10 11	9 10 11 12 13 14 15	7 8 9 10 11 12 13
12 13 14 15 16 17 18	16 17 18 19 20 21 22	14 15 16 17 18 19 20
19 20 21 22 23 24 25	23 24 25 26 27 28 29 30	21 22 23 24 25 26 27
26 27 28 29 30	31	28 29 30

Julio July	Agosto August	Septiembre September
L M M J V S D	L M M J V S D	L M M J V S D
1 2 3 4	1 2 3 4 5 6 7 8	6 7 8 9 10 11
5 6 7 8 9 10 11	9 10 11 12 13 14 15	13 14 15 16 17 18 19
12 13 14 15 16 17 18	16 17 18 19 20 21 22	16 17 18 19 20 21 22
19 20 21 22 23 24 25	23 24 25 26 27 28 29	20 21 22 23 24 25 26
26 27 28 29 30 31	30 31	27 28 29 30

Octubre October	Noviembre November	Diciembre December
L M M J V S D	L M M J V S D	L M M J V S D
1 2 3 4	1 2 3 4 5 6 7	6 7 8 9 10 11
5 6 7 8 9 10	8 9 10 11 12 13 14	13 14 15 16 17 18 19
11 12 13 14 15 16 17	16 17 18 19 20 21 22	16 17 18 19 20 21 22
18 19 20 21 22 23 24	23 24 25 26 27 28 29	23 24 25 26 27 28 29
25 26 27 28 29 30 31	30 31	27 28 29 30 31

Hay cosas en la vida que no se pueden ubicar en un calendario. No es tan fácil como poner una equis para marcar el día del aniversario, el día en que nos llegó la menstruación o el día que por fin haremos ese viaje que llevamos soñando durante años.

Algunos eventos llegan sin fecha y se instauran en todas las fechas de nuestra existencia: el mío fue la enfermedad de mi madre.



—Oíste, Noel, ¿dónde era que vivía tu mamá?

—En Santa Rosa, mi mamá vive en Santa Rosa.

A las 7:30 de la mañana, como siempre, entró Noel a comprar los cigarrillos en la tienda de Gildardo. Sus compañeros de trabajo y su jefe estaban también allí, pero esta vez esperando su entrada (él no lo sabía) con un café que inauguraba la jornada laboral. Allí mismo, aquel hombre sentimental y nervioso recibiría por boca de Gildardo Oropel la noticia.

“Buenos días”, saludó desde la puerta, avanzó hasta la vitrina y pidió uno de Derby. Gildardo recibió el dinero, le entregó el paquete de cigarrillos y le hizo la pregunta que a todos cogió por sorpresa y que Noel respondió con ingenuidad. Un silencio ajeno a la algarabía del lugar se instauró en el ambiente detrás de la voz de Noel, un silencio que Gildardo rompió al formular de nuevo la pregunta:

—Entonces, ¿tu mamá *vivía* en Santa Rosa? —dijo con un énfasis en la conjugación del verbo.

Nadie movía un dedo en la tienda. Entre la interrogación del uno y la respuesta del otro se escuchaba a un locutor de radio dando noticias locales en la banda A.M. La interferencia raspaba el silencio.

—Vive, ella vive en Santa Rosa todavía —respondió Noel, corrigiendo a Gildardo otra vez.

—Cómo así, entonces, ¿*vivía* en Santa Rosa?

—¿Vivía? —preguntó Noel, confuso ante la insistencia—. ¿Es que acaso mi mamá está muerta?

—Pues Noel, fuiste vos el que lo dijo, no yo.

El primero en soltar la risa fue Noel. De ahí en adelante los demás tuvieron licencia para hacerlo. Pero aquella carcajada, tan inesperada



como la noticia, duró poco. Gildardo abrió una botella de aguardiente, le sirvió una copa a todos los que estaban en la tienda y levantó la suya para decir “Que Dios la tenga en eterno descanso”. En lugar de responder con el tradicional “Salud”, se escuchó un coro que dijo “Amén”.

El trago rasgó todas las gargantas, no solo las de los compañeros del inconsolable Noel que se sentó a llorar sobre la mesa junto a sus amigos más cercanos. También las de don Muriel y doña Belquis y la de la recién nombrada juez municipal que trajeron para presentarle a Gildardo, amigo entrañable de la pareja. “Ahí está pintado”, le acababa de decir don Muriel a Matilde, “es el único que puede hacer de una tragedia un chiste”, agregó su esposa Belquis.

—¡Qué manera de empezar un viernes! —fue lo único que atinó a decir Matilde a sus amigos, justo antes de que Gildardo se acercara a saludarlos



Hay tantos “ahora” en estas páginas, compuestos por las mismas cinco letras y, sin embargo, ninguno que ocupe el mismo lugar en el tiempo. ¿Pensará en eso el lector?

Porque ahora mismo acaricio la cara de mi madre con la punta del lápiz. Ella sonríe y se pierde en ese cosquilleo que la adormece, sobre todo cuando paso cerca de sus cejas. En ese momento los músculos de la cara se le mueven, sube ligeramente los hombros y aparece una sonrisa como el boceto de un placer al que no quiere renunciar.

Recuerdo que jugábamos a escribirnos en la espalda para luego adivinar cuál era la palabra. A mi hermana no le parecía gran cosa, así que se volvió una costumbre exclusiva de la madre y la hija menor.

A veces, con plumas o pinceles, delineábamos la cara de la una y de la otra. Nos turnábamos para hacerlo y podíamos durar horas enteras en las noches. Por lo general, mamá acababa dormida y yo me quedaba sin cosquillas, por eso se volvió una condición irrefutable que empezara ella, así las dos quedábamos contentas. Habíamos olvidado este juego, o por lo menos no lo habíamos vuelto a jugar. Llamo a Graciela para que me ayude a ponerla de lado: mi madre sonrío porque sabe que voy a pasarle el lápiz por la espalda (se lo acabo de decir). Se le pondrá la piel de gallina y caerá profunda de un momento a otro. Durante un buen rato trazo líneas (ahora no podemos turnarnos). Por fin ella duerme. Me gusta verla dormir. Respira profundo. Se ve tranquila, el gesto de dolor y de peso que tiene durante la vigilia casi desaparece.

Mientras duerme decido traerla de su cama a la hoja: la llevo aquí, en este trozo de madera y grafito con el que ahora acaricio el papel y en el que aún late su corazón. Tengo que apurarme, cada tanto suelta unos pequeños suspiros, como si se fuera a despertar. Me quedo quieta. Ella sigue profunda. Vuelvo al papel y encuentro allí, puesta encima, la imagen de mi madre. La miro, miro el lápiz (a estas alturas la punta está roma) y pienso en la intersección entre la vida y las letras. ¿Dónde empieza la una y terminan las otras? Me parece que es justamente ahí donde ha estado Matilde Díaz desde el principio (por lo menos en mi historia, en esta historia): en ese intersticio, como una tabla de salvación, como el tronco que se encuentra un naufrago.

No puedo hacer mucho ruido, quiero que descanse.

Antes de morir, mi padre me contó que cuando éramos pequeñas, siempre que mamá nos decía que se iba a dormir le respondíamos, en chiste, “Descanse en paz”. No me acordaba de eso, pero



luego de saberlo ya no se me pudo olvidar. “Descansa en paz, madre”, pienso mientras le pongo algunas sombras al dibujo.

Cuando se despierte volveré a acostarme a su lado y veremos televisión juntas, o le hablaré de cualquier cosa trivial (ahora mi mamá ya no puede hablar). Siempre que ella quiera decir algo y yo intente descifrarlo habrá una oportunidad para volver todo un chiste y ver cómo se ríe hasta el cansancio. Me gusta verla reír. Y cada noche de estas noches que probablemente sean las últimas (aunque con mi mamá nunca se sabe), cuando el sueño no le llegue porque la fatiga de tanta quietud la esté agobiando, yo volveré a coger mi lápiz para trazar líneas silenciosas sobre su piel. Y de vez en cuando algunas palabras.



Referencias bibliográficas

- Blanchot, Maurice. La locura del día (fragmento). En: *Más allá de la sospecha*. Ollé-Laprune, Phillippe (Comp). Almadía. Oaxaca, 2009.
- Cabrera Infante, Guillermo. *Tres Tristes Tigres*. Espasa Calpe y Editorial Planeta. Bogotá. Sin año.
- González, Tomás. *Primero estaba el mar*. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. Colombia. 2011.
- Hesse, Herman. *El lobo estepario*. (Trad. L. Salda). Ediciones Guernika. México D.F. Sin año.
- Kundera, Milán. La lentitud. (de la traducción: Beatriz de Moura, 1995). Tusquets. Barcelona. 2006.
- Nothomb, Amelie. *Ni de Eva ni de Adán*. (Trad. Sergi Pamies). Anagrama. Barcelona. 2007.
- Perec, Georges. *La vida instrucciones de uso*. (Trad. Josep Escué). Anagrama. Barcelona. 2010.
- Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido*. El Tiempo recobrado. (de la traducción Fundación Consuelo Berges). Alianza. Madrid. 2006.
- Rubén Darío. La Sonatina y Margarita Debayle. Disponibles en: <http://www.poesi.as/index604.htm>

- Zambra, Alejandro. *La vida privada de los árboles*. Anagrama. Barcelona. 2007.
- Zuleta, Estanislao. Educación y filosofía. [1978] EN: Educación y democracia: un campo de combate. Suárez, Hernán & Valencia, Alberto (Comp., Ed.) 2010.
- Zuleta, Estanislao. [1980] 1994. “Elogio de la dificultad”. En: Elogio de la dificultad y otros ensayos. pp. 9-16. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.
- Arroyave, Juan Felipe. Sin publicar.
- Orozco, Carlos Andrés. Sin publicar. (1997).
- Otálora, Leonardo. Sin publicar. (2002).
- Periódico *El Tiempo*. Los grandes escándalos del gobierno Uribe (agosto 6 – 2006); *Recompensa por ‘Ríos’ será para ‘Rojas’ y otros* (marzo 15 – 2008) y *Las estadísticas, al ritmo de Uribe* (febrero 12 – 2006)
- <http://www.solidaritat.ub.edu/observatori/esp/dossiers/tsunami/tsunami.htm> (Consultado el 17 de septiembre de 2011).



XI CONCURSO NACIONAL[®]
DE NOVELA Y CUENTO

“La novela ganadora, *En la punta del lápiz*, presenta una historia con fuerte poder evocador y un drama íntimo, conmovedor, bien hilado, que permite a los lectores asomarse a asuntos de la condición humana como la enfermedad, el desmoronamiento y las relaciones familiares. La novela está contada con frescura, a partir de una narrativa experimental que incorpora distintos discursos (desde la propia voz hasta informes médicos, dibujos y poemas). Nos encontramos con una escritora con oficio y amplios recursos estilísticos”.

Extracto del acta de ganadores.

- ▶ PILAR QUINTANA
- ▶ CAMILO JIMÉNEZ
- ▶ PEDRO MAIRAL
- ▶ REINALDO SPITALETTA

Jurados del **XI Concurso Nacional de Novela y Cuento**
de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.



En la punta del lápiz

Carolina López Jiménez, ganadora novela



CAMARA DE COMERCIO[®]
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA